

EDICIONES BISTAGNE

PTA



AL COMPAS DEL AMOR

NILS ASTHER • PAT PATERSON

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

Al compás del amor

Un episodio inédito de la vida del inmortal compositor

FRANZ SCHUBERT

Principales intérpretes:

«PAT» PATERSON y NILS ASTHER

Música de

FRANZ SCHUBERT



Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia. 280 - BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Al compás del amor

Argumento de la película

I

Nos hallamos en Viena y en el primer tercio del siglo pasado.

La Corte del emperador Francisco I es una de las más fastuosas de Europa.

El emperador, aunque ya al borde de la senectud, no perdona ocasión, por fútil que ésta sea, de dar fiestas, llenas de esplendor y de pompa, en los salones de su palacio.

Y unas veces para conmemorar un hecho histórico, otras para honrar a un héroe o a un personaje insigne, lo cierto es que las vastas y magnificentes naves del augusto caserón bullen de continuo de una selecta concurrencia, lo más distingui-

do e ilustre de la aristocracia austriaca.

Y así la adulación y la intriga palaciegas — las dos funestas plantas trepadoras que florecen y arraigan con firmeza en todos los tronos — pasan más inadvertidas entre el melancólico sonar de los violines y los pasos reverenciosos del minué, del rondó y de la pavana, y de las vueltas vertiginosas del vals.

Hoy es el festejo en honor del general Hatzfeld.

Las tarjetas de invitación al homenaje que el monarca proyecta rendir a su bravo soldado, héroe de la última campaña — tarjetas

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

que ningún miembro destacado de la nobleza ha dejado de recibir—, rezan así:

S. M. FRANCISCO I

ordena al chambelán de Palacio que invite

al príncipe Otto Spindler Von Hon ()*

a la recepción que se celebrará en honor del

Duque Johann Hatzfeld

el martes, 6 de septiembre, por la noche, en el Palacio Real de Viena

Y el martes, 6 de septiembre, por la noche, las más primorosas y elegantes *toilettes* femeninas y los más vistosos y extraordinarios uniformes militares y diplomáticos, invadieron una vez más los salones palatinos, resplandecientes como ascuas de oro merced a las innúmeras arañas de cristal que pendían de los techos de áureo artesonado y de artísticos frescos.

A veces, en estas fiestas esplendorosas, en las que se supone que todo ha de ser alegría, hay también alguna nota trágica, que en la mayoría de los casos suele darse entre bastidores; y vean ustedes por donde el elegido del Destino para

darla aquella noche era nada menos que el propio emperador.

Sí, señores; el emperador, que para asistir a la recepción que él mismo había organizado en agasajo de su buen guerrero, tenía que someterse antes a la tortura de la escofina que le hurgaba en los callos rebeldes, dispuesta a extirparlos de los augustos pies.

Y aunque el pedicuro procuraba ejecutar su obra con el mayor esmero posible para no lastimar las plantas de su soberano, a veces no podía evitar que el instrumento hiciese de las suyas, arrancando, con la piel endurecida, gritos e interjecciones — quizá no todo lo distinguidas que fueran de esperar de una persona de tal alcurnia — del emperador.

Nicholas, el gran chambelán de la Corte, asistía como único testigo a esta escena. Y cada vez que su señor, después de soltar un alarido, seguido del consiguiente juramento, fijaba en él su enfurecida mirada, como pidiéndole que le aconsejara sobre lo que debiera hacer con su verdugo, el chambelán le sonreía con sonrisa a la vez de benevolencia y de compasión, a tiempo que alzaba los hombros, cual

si con su actitud quisiera responder a Su Majestad: “¡Qué se le va a hacer, señor! Tened paciencia... ¿Quién sabe si con esto lograréis un puesto preferente en la Gloria Eterna? Otros, con menos, han alcanzado la palma del martirologio y la santidad.”

Mas, por lo visto, a Francisco I se le importaba un comino en aquellos instantes ganar o no la gloria de la otra vida, y no cesaba de mascullar maldiciones contra el pobre callista, el cual, lo único que conseguía con ellas, era azorarse y ejecutar cada vez más deficientemente su trabajo.

—¡Pero, hombre de Dios!—gritaba el emperador, temblándole de indignación el labio inferior—. ¿Es que para arreglarme los pies tienes forzosamente que hacerme tanto daño?

Sin osar levantar la mirada del suelo, el desventurado pedicuro balbuceaba:

—Lo siento, Majestad.

—¡Sí, sí! Tú lo sentirás, pero es a mí a quien le duele —replicaba el soberano, con aquellas desenfadadas salidas de tono, en él tan habituales.

Y soltó una carcajada.

Nicholas, con su espíritu adulator de palaciego, hizo dúo a su señor con una exagerada hilaridad, y ponderó, entre hipidos:

—¡Ha sido una respuesta genial, Majestad!

Francisco I le miró burlón y le dijo:

—¿Sí, eh? ¡Vamos, hombre! ¡No exageres, que no hay para tanto!

Nicholas, un tanto confuso, recogió velas con una sonrisita más que forzada.

Sus mejillas estaban más rojas que dos amapolas.

Afortunadamente para él, aquella situación embarazosa que acababa de crearle lo dicho por el monarca, se deshizo con la aparición de un cortesano, que puso en conocimiento del emperador que el duque de Hatzfeld acababa de llegar a palacio.

Francisco I se revolvió en la butaca en que se hallaba sentado, sin poder disimular su impaciencia.

—Es un general demasiado prestigioso el duque de Hatzfeld para hacerle esperar. Termina de una vez con mis pies, criminal — le dijo al callista.

—Ya he terminado, Majestad—respondió el aludido.

(*) por ejemplo

—Pues, entonces, cálzame en seguida las botas. ¡Aprisa!

Obedeció el pedicuro, y una vez calzado el emperador, éste se puso en pie y salió de la estancia seguido de su chambelán.

Su rostro reflejaba satisfacción.

Aquel malvado individuo de la escofina le había hecho padecer horrores, pero, ¡caramba!, podían darse por bien pasados por lo bien que sus pies se sentían en aquellos momentos. ¡Si parecía como si caminase sobre acolchados de plumas!

—Ahora sí que ando bien, Nicholas.

—¡Oh! ¡Cuánto lo celebro, Majestad! — repuso el chambelán con la mejor de sus sonrisas.

Las puertas ibanse abriendo como por encanto al paso de ambos personajes, quienes atravesaban por largos pasillos y desiertos salones, camino del gran salón del trono, donde habría de celebrarse la recepción, y lleno a la sazón de una

abigarrada muchedumbre de cortesanos.

El paso del Emperador era más arrogante que nunca aquella noche. Diríase que había rejuvenecido de súbito lo menos diez años.

—¡Parece mentira lo que envejecen a uno los callos! — comentaba Francisco—. Ayer parecía un vejestorio y hoy ya lo ves: un muchacho de veinte años. El pie izquierdo, que era el que peor tenía, ahora, ni siquiera me parece que sea mío.

¡Y ojalá no lo hubiera sido!... Porque no bien acababa de decir lo que antecede el augusto personaje, cuando, ¡zas!, se dió tan tremendo golpe en el citado pie con un escabel, que, como comúnmente se dice, le hizo ver las estrellas y le convenció de que, en efecto, era suyo... y muy suyo.

Y renqueando y murmurando una bonita selección de interjecciones, penetró en el salón del trono, a los acordes de la música.

II

El general Johann Hatzfeld, due que de este apellido, avanzó hasta Su Majestad e hincando una rodilla en tierra, besó la mano que el emperador le tendía.

Este le hizo alzarse y le dió la bienvenida con amable efusión.

—Bienvenido seas a la patria, general — le dijo—. Esta te agradece todo cuanto por ella has hecho.

—Servirla es mi obligación, y con mi obligación he cumplido, señor — repuso el general con sencillez.

—Has hecho más que eso. Has demostrado que eres un genio guerrero como hay pocos en el mundo — siguió el emperador—. Y nada más que por esto mereces ser recompensado.

—Señor...

—¿Qué don quieres que Austria te conceda, querido Hatzfeld?

Los ojos del general relampaguearon al escuchar estas palabras. Su fulgor era el brillo anhelante de la ambición.

Mas su ambición no era igual que hubiera podido ser la de cualquier otro mortal.

Podía pedir cuanto quisiera: honores, tierras, riquezas. La patria se lo concedería sin regateos. Y, sin embargo, no iba a solicitar nada de eso.

—Sólo quiero una cosa, Majestad—dijo.

Jovial, Francisco I le guiñó un ojo al bravo militar e inquirió, bromeando:

—¿Una esposa bonita, quizá?

Hatzfeld hizo un gesto de amargura. Sin darse cuenta, el emperador había pinchado demasiado hondo en su corazón. Y de la herida brotaban recuerdos a un tiempo dulces y acibarados.

—Me casé una vez en contra de la voluntad de Vuestra Majestad— repuso, con cierta reticencia, que el emperador no acertó a recoger.

—Eso ya lo hemos perdonado, Johann — expresó Francisco I, con su volubilidad característica—.

Ahora no tienes por qué acordarte de tales cosas.

Hatzfeld sonrió enigmáticamente. ¿Qué decía su sonrisa? ¿Desprecio? ¿Conmiseración? Aquel monarca de carácter incierto, tornadizo, no podía comprenderle ahora, como no le supo comprender antaño, cuando él era joven y su corazón no entendía de etiquetas y protocolos.

—Con el respeto que a Vuestra Majestad debo, tengo que objetar a Vuestra Majestad que padecéis un error. Ahora, más que nunca, he de acordarme de las cosas de otros tiempos, porque me he enterado de algo que me concierne mucho y con aquéllas tiene íntima relación.

—¿Qué quieres decir?

Con firmeza, aunque en voz muy baja, replicó el general:

—Señor, me he enterado de que mi hija vive aún.

En el rostro del soberano se marcó un gesto de estupor.

Miró fijamente a su interlocutor, quien sostuvo con entereza su mirada y, de repente, como quien toma una decisión, le ordenó:

—Johann, ven conmigo a mis aposentos.

Y seguido de Hatzfeld y del

chambelán, Francisco I se encaminó a su cámara privada.

—Habla, Johann — pidióle al general, una vez se hallaron en la regia estancia—. ¿Qué tienes que decirme?

La expresión del rostro del general era hasta cierto punto retadora, agresiva.

—Señor — dijo—; vos, mejor que nadie, conocéis aquella triste historia para que tenga que repetírosela ahora. Mucho mejor aún que yo la conocéis, puesto que hasta ahora no he sabido de la existencia de mi hija, y vos sí. Yo creí de buena fe cuanto entonces se me dijo: que la niña había muerto con la madre, mas luego ha llegado a mi conocimiento que las cosas no ocurrieron así, y que no sólo vive el fruto de aquellos amores, sino que, a lo que parece, Vuestra Majestad se ha ocupado de ella, procurando que nada le falte.

—¿Y bien...?

—Ahora os pido que me la devolváis. Fué cruel quitarme el consuelo de mi hija al desaparecer de este mundo la madre.

El tono que empleaba el general era cada vez más altanero.

—Teníamos nuestros motivos pa-

ra proceder así—aclaró el emperador.

—Es posible—replicó Hatzfeld; —pero ahora yo os demando...

—¿Demando? — le atajó Francisco I, mirándole de hito en hito, encajada la mandíbula—. ¿Qué lenguaje es ése? Parece ser que olvidas con quién estás hablando.

—No, Majestad. No lo olvido. Pero se trata de mi hija.

—¡Está bien! Es mi deseo que te retires al salón, en donde se te rinde homenaje. Deseo recapacitar durante unos minutos. Luego, ya hablaremos tú y yo.

—A los pies de Vuestra Majestad.

Apenas hubo desaparecido el general, Francisco I comenzó a pasearse nerviosamente, de un lado a otro de la estancia, como tigre enjaulado.

Nicholas lo contemplaba estupefacto, sin osar despegar los labios.

Súbitamente, el monarca se detuvo en medio de la pieza, y encarándose con el chambelán, le pidió consejo con estas palabras:

—Bien, Nicholas, ¿qué opinas tú que debo hacer?

El chambelán no vaciló:

—Devolverle su hija; ¿qué duda cabe?

—¿Devolverle la hija?

—Sí, Majestad.

Francisco I quedó perplejo.

—Está bien; está bien—murmuró—. Pero antes de decidir, deseo verla.

Dió dos zancadas por la estancia, y luego preguntó:

—Tú la conoces, ¿verdad?

—Sí, Majestad.

—¿Y qué tal es?

Nicholas sonrió dulcemente y puso los ojos en blanco.

—¡Primorosamente bella!

—¡Ya! ¿Y en dónde se halla?

—Está a una semana de distancia de aquí.

—¿Qué clase de muchacha es?

—No entiendo, señor.

—Quiero decir si es una señorita, una dama, o no.

—¡Ya lo creo! Ha sido criada y educada por la condesa Bertand como una hija.

El emperador se acarició la barbilla y permaneció en silencio unos segundos, en actitud meditativa.

—¡Perfectamente!—exclamó de pronto—. Tú te encargarás de traerla personalmente.

—Como ordenéis, señor.

Nueva meditación del soberano.

—Y... ¿cómo se llama?—inquirió.

—Valeria, señor—informóle Nicholas.

—¡Valeria! ¡Bonito nombre!

—Está en consonancia con la personita que lo usa, Majestad—dijo el chambelán sonriendo con cierto aire de picardía.

III

Alejada del bullicio mundano la anciana condesa Bertand vivía recluída en una casa de campo, distante muchísimas leguas de la esplendorosa Viena.

Los días transcurrían iguales y apacibles para la vieja aristócrata, la cual no añoraba las alegres y fastuosas jornadas de su juventud en la Corte.

Hacíanle grata compañía en su retiro dos encantadoras muchachas, ambas de análoga edad, la cual no pasaría de los dieciocho años.

Una de ellas era la propia hija de la condesa.

La otra, su ahijada: Valeria.

Mujer de noble corazón, la condesa Bertand había recogido a Valeria recién nacida, apiadada del infortunio de la pobre niña, quien no sólo había quedado sin madre, ya que ésta rindió su vida al darla

a luz, sino que tampoco podía contar con su padre, pues aunque éste sí que existía, en realidad era como si se hallase muerto, puesto que la voluntad del Emperador había dispuesto meses atrás el alejamiento de aquél de su esposa y la disolución de su matrimonio por no pertenecer ésta a la aristocracia y ser él, en cambio, representante de una de las familias de la más rancia nobleza austriaca: los Hatzfeld, que llevaban en sus venas la sangre azul de príncipes y monarcas.

El Emperador, al enterarse del rasgo de la condesa, dispuso que ésta se recluyese en alguna de sus posesiones rurales para que el secreto de la existencia de aquella niña no fuese divulgado.

No quería el soberano que el clero linaje de los Hatzfeld se mancillase con el baldón de tener éstos

en la familia un ser de sangre plebeya. Aunque, si hay que ser sinceros, conviene decir que el Emperador no obraba en este asunto por su propia voluntad, sino empujado, coaccionado, por los abuelos paternos de la criaturita, los orgullosos duques de Hatzfeld, quienes no podían soportar el ultraje que su propio hijo les había inferido contrayendo matrimonio por amor—¡por amor!—con una mujer cuya hermosura y exquisitas delicadeza y educación no excluían la inferioridad de su casta.

Pero el soberano no quiso extremar su rigor con el pobre ser inocente, y ordenó que la condesa Bertand educase a la niña en los mejores principios, como si se tratase de la hija de un matrimonio genuinamente aristocrático. E incluso llegó a asignarle una crecida pensión a la muchacha, en previsión del día de mañana, cuando la condesa pudiera morir.

Valeria había ido creciendo feliz al lado de su madrina y de la hija de ésta.

De nada había carecido jamás. Todo lo que una muchacha puede apetecer, disfrutábalo ella: de co-

modidades, de diversiones, de caricias.

La condesa no hacía ninguna distinción entre su hija y su ahijada. Y por igual repartía entre ambas su amor.

Contaba a la sazón Valeria, como ya hemos dicho, dieciocho años.

Era una muchacha de singular belleza.

Tenía una carita graciosa, perfectamente ovalada, que contenía unos hermosos ojos azules, candorosos y soñadores, una nariz bien dibujada y unos labios de trazos finos, que enmarcaban con su perenne rojez la blancura perlina de unos dientes menudos e iguales.

Su cuerpo poseía la graciosa esbeltez de las gacelas; cuerpo de líneas delicadas, gentiles, cuya escasa amplitud de formas pregonaba su propia juventud.

Con ser muy bella físicamente, no lo era menos espiritualmente.

Su alma era tan adorable como su rostro y su figura.

Un almita ingenua, blanca, un espíritu tierno, compasivo y comprensivo.

No obstante, este espíritu de dulce suavidad, mostrábase a veces rebelde e inquieto, con lo que aún

aumentaba mucho más su encanto.

Valeria había llevado una vida libre, exenta de preocupaciones y convencionalismos, en aquel ambiente rural, tan sincero, en el que la ficción era desconocida y las etiquetas sociales sólo mueven a risa.

Amaba todo cuanto la rodeaba: el campo, las flores, las personas y los animales.

Cuando en primavera corría por los campos, vestida con livianos ropajes de tonos claros, llevando colgada al brazo la amplia pámela de paja de Italia, era como una florecilla más—pero la más hermosa de todas—entre las innumerables de los frutales en flor.

Naturalmente, el alma de Valeria hallábase saturada del más delicioso romanticismo, que éste es algo congénito a la edad que ella contaba.

Su gentil cabecita aureolada por una cabellera del color de las mieses maduras, alimentaba sueños de encantadora ingenuidad.

Con verdadera fruición devoraba los libros que relataban historias sentimentales, en los que el héroe era un apuesto mancebo de hermosura poco menos que apolínea, que tenía un nombre tan altisonan-

te como ridículo, y la heroína una casta doncella de ojos celestiales, como los suyos, que tenía una gran propensión a desmayarse en cuanto ocurría una escena un poco fuerte en la obra.

¡Y cuántas, cuantísimas veces, habíase ella imaginado ser una heroína de esas con sólo cerrar los ojos para aislarse de este modo del mundo que la rodeaba!

¡Debía resultar tan dulce ser amada con la misma volcánica intensidad con que las Eloísa y Julietas habían sido amadas!

Mas ¿dónde encontrar a un Abelardo o un Romeo medio decorosos? Porque la verdad era que por aquellos contornos no se daban con facilidad.

¡Ah, el día en que ella fuese amada por un hombre!... ¡Con qué fuego iba a saber corresponder a su pasión!

Valeria se impacientaba de ver que los años iban pasando más rápidos de lo que ella pudiera desear, y con ellos—al menos así lo veía la angelical criatura—, su juventud, sin que ningún amor se llegase a llamar a las puertas de su corazoncito.

A veces, cuando sentíase invadi-

da por la melancolía, acudía a la música en demanda de consuelo.

Mas la música no siempre respondía adecuadamente a su solicitud, sino que, en la mayoría de las ocasiones, en lugar de disminuir lo que hacía era aumentar aún más su dulce congoja con sus notas dolientes.

El violín, que era el instrumento que manejaba con preferencia sobre el piano, exhalaba quejas humanas al compás de sus dedos.

Y eran esas quejas las quejas del alma de la propia Valeria que se traducían en notas musicales mientras de sus ojos brotaban lágrimas silenciosas.

En estos momentos, solía exclamar: “¡Cuánto me hace sufrir la música; pero... qué sufrimiento tan delicioso el mío!”

Entre sus compositores predilectos había uno que ella había elevado a la categoría de ídolo.

Era éste Franz Schubert, un joven músico cuyas obras iban, poco a poco, consiguiendo imponerse en Viena, y cuya fama llegaría algún día en que conseguiría escalar las cimas de la gloria.

Valeria adoraba sus obras. Y hubiera deseado poder hallarse en Viena para conocer al hombre cuyas maravillosas melodías hacían vibrar su corazón de emoción dulcísima.

¿Cómo sería Schubert?—habíase preguntado millares de veces.

Y su imaginación forjaba a su capricho la figura de su ídolo, idealizándolo a su albedrío.

IV

Valeria corría por el prado recogiendo la falda graciosamente para que su borde no se desgarrase al enredarse con los abrojos.

Corría siguiendo el rastro de unas notas musicales lejanas.

Y así llegó ante una casita en medio del bosque de cuyo interior brotaban las notas citadas.

¡Y qué notas!

La linda joven no sabía qué sentir, si indignación o desprecio con-

tra la persona que las hacía brotar de un piano golpeando bárbaramente el teclado.

La indignación de Valeria hubiera sido fácil de comprender con sólo prestar un poco de atención hacia lo que el músico interpretaba, y que era nada menos que la hermosa "Sinfonía inacabada en "sí menor", de Franz Schubert, pero tan deshumanizada, con una falta tal de emoción, que apenas si podría ser reconocida.

No obstante, la veneración que a las obras de Schubert profesaba, hizo que Valeria sobrepusiera aquélla a la indignación y se acercara, curiosa, a la casita, para ver quién tocaba.

La ventana estaba cerrada.

Empujó con sigilo los postigos, con ánimo de curiosar por entre ellos, pero por mucho cuidado que puso en tal operación, no pudo evitar que un tiesto de flores que había en el alféizar, cayera con estrépito dentro de la habitación y pusiera sobre aviso a la persona que tocaba.

Valeria huyó despavorida.

Cesó de oírse el piano; los postigos de la ventana abriéronse de

par en par y la figura de un hombre apareció en ella.

—¡Alto ahí!—gritó el recién aparecido.

Detúvose en seco la muchacha, como petrificada.

—¡Venga usted aquí!—le ordenó imperiosamente la voz de aquel hombre.

Con docilidad de corderillo regresó Valeria junto a la casa.

Iba cabizbaja, como el parvulillo que teme la reprimenda del maestro.

—¿Le parece a usted bien lo que ha hecho?—inquirió el hombre de la ventana y con cara de pocos amigos—. ¡A ver si puede usted unir los trozos de ésto otra vez!

La insolencia con que hablaba el desconocido, en lugar de intimidar más a la joven, tuvo la virtud de hacerla reaccionar. Aunque muy dulcificado, el orgullo de los Hatzfeld, cuya sangre era la suya, revivía a veces en ella y no toleraba que nadie intentase tratarla como a un ser inferior.

Con cierta altanería miró al hombre de la casita.

Era éste un sujeto de buena estatura y de rostro simpático, aunque en aquel momento tratase de

aparentar todo lo contrario. Y decimos esto porque, en realidad, el ceño fruncido con que se le apareció a la muchacha era puro fingimiento. La belleza de Valeria era capaz de hacer sonreír hasta a un dragón. Pero el desconocido mantenía su rostro feroz para gozarse del pasmo de aquella gentil personilla que ante sí tenía.

—¿Qué ha venido usted a hacer aquí?—inquirió el desconocido.

—Quería ver quién estaba tocando—respondió Valeria con desparpajo.

Hubo una sonrisita irónica en el rostro de él.

—¡Ah! Le gusta a usted la obra que tocaba... ¿y quizá el artista?—preguntó con vanidad.

Valeria le miró despreciativamente.

—Sí y no—respondió.

—¿Cómo debo entender esa respuesta, señorita?

—Muy sencillamente. La obra me gusta de modo extraordinario... Pero el modo de interpretarla, no.

—¡Ah! Muy curioso. ¿Y por qué no?

—Porque... le falta alma.

—Es posible, señorita. Quizá el intérprete no la tiene.

Sin hacer caso de la ironía, Valeria prosiguió:

—Una composición tan bella como es esa, debe ser tocada con sentimiento; ¡con todo el corazón! ¡Con toda el alma!

El músico quedó un momento meditabundo.

—Tiene usted razón—declaró, bajando la cabeza, como abrumado por el peso de una acusación.

Compadecida de él, al ver su actitud de abatimiento, Valeria le dijo:

—¡Bah! No se apure usted. Quizá podrá llegar a comprender esa música algún día y a tocarla como es debido.

—¿Lo cree usted así?

—No lo dudo.

—Entonces... ¿querría usted entrar y ayudarme a esa empresa?

—¡Oh, no! Siga usted tocando. Me encantan las notas de esa composición.

—Desde aquí dentro la oiré mejor.

Accedió Valeria al ruego del desconocido.

La casita hallábase toscamente amueblada.

El piano, con su empaque señorial, desdecía del conjunto de aque-

llos muebles y enseres de carácter típicamente rural.

Nadie conocía en aquellos lugares la personalidad de aquel hombre que había ido a instalarse allí, en aquella casita que era propiedad del conde de Esterhazy y que en medio de sus posesiones, en un alegre valle, se hallaba enclavada.

No obstante, Valeria hallábase allí sin ningún temor, junto al misterioso personaje, segura de sí misma, con el mismo aplomo que si se tratase de una persona conocida de antiguo.

El forastero contemplábala con verdadera admiración.

¡Qué encanto tan poderoso el que emanaba de aquella deliciosa criatura! Con sus rubias guedejas, sus ojos azules, de serenidad de lago, y aquella túnica blanca que la envolvía y moldeaba primorosamente su cuerpo, más parecía un ente celestial que un ser humano.

Valeria sorprendió aquella contemplación devota, y un poco azorada le rogó al joven que siguiera tocando aquella sinfonía cuyas notas habíanle atraído hasta aquel lugar.

—¡Bah! No vale la pena—res-

pondió él, haciendo un gesto de desagrado—. No me gusta.

Fué como un latigazo en el rostro para Valeria esta declaración.

Y mirándole altiva, como en un reto, le dijo:

—¿Usted no sabe que esa sinfonía fué escrita por un gran compositor?

—¿Quién?—inquirió él con un gesto de impertinente ironía.

La sorpresa retratóse en el semblante de la joven.

—¿De veras no sabe usted quién es el autor de esas divinas melodías?

—Puede que sí; mas ahora no recuerdo...

Y Valeria, con voz emocionada y entornando lánguidamente los ojos, dijo, mostrando la nítida blancura de sus dientes en una sonrisa, un nombre:

—Franz Schubert.

Y añadió, levemente ruborosa, bajando el tono de su voz:

—¡Mi ideal!

—¡Su ideal!—repitió el caballero, quien inmediatamente, con la ironía que parecía ser en él proverbial, se atrevió a comentar: —Debía usted haber escogido a lo menos un buen compositor, señorita.

—¡Cómo! ¿Acaso no lo es Franz Schubert?—protestó airada la joven.

—Me atrevería a decir que no—replicó él sin inmutarse.

—¿Y qué valor puede tener la opinión de quien de tal modo destroza sus obras cuando las interpreta?

—Mi opinión puede valer bien poco; más aún: estoy convencido de que nada vale, en absoluto, pero hay, sin embargo, un hecho que viene a darme la razón.

—¿Cuál?

—Este. Que hace ya diez años que Franz Schubert viene componiendo música y el público ni siquiera quiere enterarse de que existe.

—¡Eso no prueba nada!

—Es un síntoma.

—¡Estupideces del público que no sabe apreciar lo que verdaderamente vale!

—No, señorita... Eso prueba que Schubert no vale nada.

La indignación de Valeria iba en aumento y amenazaba desbordarse.

Como supremo argumento, esgrimió éste:

—El caso este es parecido al de Mozart. Nadie creía en él.

—Sí—le atajó su interlocutor—. Pero fué después de su muerte cuando el público empezó a reconocer que era un verdadero genio de la música. Y a Schubert le gustaría un poco de fama en vida.

Hizo una pausa larga.

Se aproximó a Valeria, y casi al oído, le susurró:

—Le diré a Schubert que a usted le gusta.

Valeria se volvió absorta, creyendo no haber oído bien.

—¡Oh! ¿Le conoce usted? ¿Le conoce?

—¡Más de lo que yo mismo quisiera!

—¡Ah! ¡Por Dios! ¡Ayúdele usted entonces!—suplicó la hermosa muchacha, con verdadera emoción. —¡Schubert necesita que alguien le tienda la mano! ¡Ayúdele!

El desconocido denegó con un movimiento de cabeza.

—No, señorita. Usted no sabe quién es ese hombre. Es un caso perdido. Algo imposible.

Llegó al colmo el coraje de la joven.

—¡Sí, eh!—exclamó—. Supongo que usted se imaginará que puede escribir mejor que él.

—¡Qué duda cabe! ¡Muchísimo

mejor!—replicó el enigmático personaje con un rictus irónico en las comisuras de los labios.

Valeria no se pudo ya contener.

—¡Pues, hágalo entonces, señor Beethoven!—gritó con acritud.

Y enfurecida salió de la casita, dando un fuerte portazo.

Corrió el joven caballero hacia la ventana y desde ella le pidió, con acento suplicante:

—¡No se marche usted, por favor!

Detuvo su paso Valeria, y volvióse un instante para responder secamente:

—¡No me gusta oír que nadie insulte a Schubert! ¡Y menos aún usted!

—¿Volverá?—inquirió el caballero.

—¡Jamás!

Y a buen paso la bella ahijada de la condesa Bertand emprendió el regreso a su casa, trémula de indignación.

V

Llegó tan acalorada, que su eterna e inseparable compañera y buenísima amiga, como nunca podría hallar otra, la hija de la condesa, que se hallaba cerca del establo, dedicada a la campestre faena de batir la leche para convertirla en sabroso queso, le preguntó si algo grave le ocurría.

—¡Estoy muy enfadada!

—¿Y eso, querida? ¿Te ha ofendido alguna mujer del pueblo?

—No.

—¿Te ha insultado acaso algún hombre?

Los azules ojos relampaguearon de ira.

—A mí, no. Pero insultó a Franz Schubert — respondió Valeria, sorprendamente.

—¡Bah, mujer! No es la cosa para tanto—dijo, levemente burlona, la condesita, que conocía la adoración que por Schubert sentía su amiga—. Y... ¿era bien parecido?

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? El que le insultó.

—¡Bah! No es ninguna cosa del

otro mundo — respondió Valeria con displicencia muy afectada.

Iba a encaminarse a la casa, cuando apareció en el lugar en que se hallaban un sujeto de aspecto bastante cómico.

Era Wilhelm, un guardabosques al servicio del conde Esterhazy, a quien le gustaba echar todos los días una parrafada con la dama y las dos encantadoras damiselas que en aquella casa vivían, las cuales le acogían siempre con gran afabilidad.

Wilhelm era una especie de gaceta humana, por cuya mediación se enteraban aquéllas de todas las cosas que ocurrían no sólo en el pueblo sino hasta en la capital, pues si bien Wilhelm nunca había estado en ella, esto no impedía que los rumores de todo cuanto en Viena sucediese llegasen a sus oídos de hombre entrometido con una velocidad asombrosa.

A las tres mujeres les hacía mucha gracia la charla pintoresca del guardabosques y, sobre todo, las dos muchachas procuraban sonsacarle siempre, y a veces obtenían las más extraordinarias y fantásticas noticias y narraciones, que sólo la mente acalorada—a veces dema-

siado acalorada por obra y gracia de la cerveza —de Wilhelm podía crear. Wilhelm mostrábase siempre solícito y obsequioso con las tres damas. Y raro era el día que no las regalaba perdices o conejos cazados por él mismo.

—Buenos días tengan las damas más buenas y más simpáticas que existen en toda la nación—dijo, a guisa de saludo el guardabosques, quitándose el sombrero y barriendo el suelo con la plumita de perdiz que lo adornaba, al hacer un cómico saludo mosqueteril.

—¡Hola, Wilhelm! ¿Qué hay de nuevo?—le preguntó la condesa, que acababa de llegar a donde se encontraban su hija y su ahijada.

—Nada de particular, señora mía. Aquí les traigo a sus mercedes este par de infelices sí que desarrollados lepóridos, que he cazado vivos esta misma mañana — y diciéndolo hizo entrega a la condesa de dos magníficos conejos.

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Por qué ha de hacer usted esto? ¡Siempre tiene que traernos algo!

—¡Bah! No tiene importancia. Acepténlo ustedes.

—Bien, hombre, bien. Muchas gracias.

Las dos muchachas se acercaron a Wilhelm.

—¿Qué noticias nos traes hoy? —preguntáronle.

Wilhelm púsose a enumerar los acontecimientos más importantes acaecidos en el pueblo desde el día anterior, tales como que en casa de Hoffstein se había enriquecido el corral con la aportación de doce cerdos, sin contar Hoffstein, claro está; que el médico y el veterinario habían sostenido una violenta disputa porque el segundo había curado a Bayer de una dolencia a la que el médico no supo hallarle remedio, por lo que éste aducía que lo que padecía Bayer no era la dolencia que él se había figurado, sino glosopeda o algo por el estilo.

Y otras muchas cosas a este tenor.

—Para terminar, señoritas, les diré a ustedes algo verdaderamente sensacional.

—¿Sensacional? ¡No seas exagerado, hombre! Aquí no ocurren cosas sensacionales—replicó la condesita.

—Pues esta les aseguro a ustedes que lo es. ¿No adivinan de qué se trata?

—¡Qué vamos a adivinar!

—Pues se trata de que ya he descubierto quién vive en la casita del valle.

A Valeria, sin saber por qué, le dió un vuelco el corazón.

Con mucho misterio, expresó Wilhelm:

—No sé si será un malhechor, o qué será.

—Es algo peor que eso. Es un músico—exclamó Valeria con desprecio.

Protestó Wilhelm.

—¡Oh, señorita! Que yo también soy artista.

—Es verdad. Perdona, Wilhelm, lo había olvidado.

—¡Por Dios, señorita! No tengo nada que perdonar. Manos blancas no ofenden.

—Bueno, bueno; dinos todo lo que hayas averiguado de ese hombre—le pidió Valeria, con mal disimulada impaciencia.

Y Wilhelm, con un lujo y un derroche de retórica, dignos de un orador clásico, refirió que el caballero de la casita del valle se hallaba allí invitado por el conde de Esterhazy para que en la soledad y la calma augusta del campo pudiera inspirarse para hacer una composición con la que el referido con-

de quería obsequiar a su hija. Pero el músico había tenido la audacia de enamorarse de la susodicha hija del conde y...

—¡Oh, qué romántico!—exclamó la condesita.

—¡Tonterías!—clamó la condesa, malhumorada—. No me gustan esas historias de amores atrevidos.

—¡Pero, madrina! — le suplicó Valeria.

—¡Nada! Y desde ahora os prohíbo tanto a ti como a mi hija, que os acerquéis a esa casita.

Discreto, Wilhelm anunció que se retiraba para esquivar el nublado que veía se le venía encima.

Y repartiendo reverencias, empezó a retirarse, andando de espaldas.

Aun no se había alejado veinte metros, cuando Valeria, picada por la curiosidad, inquirió de él:

—Dime, Wilhelm: ¿sabes cómo se llama el hombre de la casita del valle?

—¡Claro que sí! Se llama... ¡Ah, sí! Se llama... ¡Franz Schubert!

VI

¡Franz Schubert!

Valeria quedó atónita al oír este nombre.

¡De modo que aquel hombre que tan despiadadamente atacaba a su ídolo era su ídolo mismo!

Ahora comprendía la reticencia de sus palabras: "Schubert nada vale, puesto que nadie le conoce"... "A Schubert le gustaría disfrutar en vida un poco de fama"...

El enojo que sintiera por el hombre de la casita, habíase fundido repentinamente, dando paso a otro

sentimiento completamente opuesto.

El desconocido, que ya no lo era, se transfiguraba en su pensamiento adquiriendo calidad y hermosura de dios.

Sentíase avergonzada, como anadada por el peso de un grave delito. Que grave delito resultaba para ella saber que había menospreciado al que, en su fuero interno, como a un genio consideraba.

Desde el momento en que escuchó la extraordinaria revelación de

Wilhelm, un vehemente anhelo le impulsaba: el de ir a la casita del valle a pedirle perdón al compositor.

Pero su dignidad vedábale dar tal paso.

Y Valeria se contentó, con desprecio de la orden de su madrina, a rondar el retiro de Schubert en las horas en que éste acostumbraba ejecutar sus composiciones musicales.

Cierta mañana en que el piano hallábase mudo, Valeria se arriesgó a llegar hasta la misma puerta de la casita, interpretando el silencio como señal inequívoca de que el maestro se hallaba ausente, como, en efecto, así sucedía.

La puerta hallábase entreabierta y Valeria, tentada por irrefrenable curiosidad, decidió penetrar en la vivienda. Quería saturarse del ambiente en que se deslizaba la vida de su ídolo y sorprender los secretos de éste en los detalles de la estancia.

Pero aun no había andado dos pasos, cuando en la calma de la mañana primaveral, sólo turbada por los trinos de los pájaros, oyóse ruido de pisadas fuertes y la figura de Franz Schubert apareció en el cla-

ro del bosque, a poca distancia de ella.

Llegaba el músico enfrascado en la lectura de un libro. Mas el blanco revuelo de la túnica de Valeria, al iniciar la muchacha la huída, logró sacarle de su abstracción.

Y pudo ver la figura grácil de su gentil visitante de unos días atrás que corría a internarse en el bosque.

—¡Señorita! ¡Espere, no huya! —le gritó.

Al verse sorprendida, la joven detuvo su paso y con cómica dignidad, repuso:

—No huyo, señor mío. Es que corro.

—¡Ah! Pues entonces, corra usted en esta dirección, si le es igual.

Y si bien no corrió, no por eso desobedeció el consejo del artista.

Dócilmente se fué aproximando a él, y cuando estuvo a su lado, alzó sus hermosos ojos claros, y como en acto de contrición, le preguntó humildemente:

—¿Está usted enojado conmigo, Franz Schubert?

Schubert se echó a reír.

—¡Oh, no! De ninguna manera.

—Debí parecerle a usted una histérica.

—Me pareció muy graciosa y dulcísima.

Valeria le agradeció con una sonrisa su galantería.

—Usted es quien debería estar disgustada con la decepción que le produjo—siguió Schubert.

—Y, sin embargo, no lo estoy—repuso Valeria sonriente.

—¡Qué desengaños se sufren en la vida! ¿Verdad, señorita? Usted debió creer que el hombre que había compuesto las melodías que tanto le seducen, sería un sujeto encantador, y la realidad hizo que se

encontrase con un ente gruñón y malhumorado.

—¿No sabe usted, señor Schubert, que si la vanidad es siempre una falta detestable, lo es mucho más cuando nos envanecemos de lo que no somos?

—¿Y de qué me envanezco yo?

—De ser un ogro... no siéndolo.

Celebró Schubert la donosura de la muchacha con una franca carcajada.

—¿No querría usted pasar? —invitóla.

Valeria accedió sin reparos.

VII

La estancia le pareció esta vez maravillosa. Era la misma, nada en ella había sido cambiado y, sin embargo, la encontraba diferente. más luminosa, más espaciosa, más alegre y como embalsamado su ambiente por un hálito de poesía.

¡Qué bello rincón para el amor!—pensó mientras sus ojos iban recorriendo todo.

Schubert sonreía viendo su éxtasis.

La mirada de Valeria se posó de pronto en el montón de papeles pautados que, en gran desorden, había sobre el piano. ¡Cuántas maravillosas melodías encerrarían aquellos papelotes! ¡Qué divinas emociones habría plasmado en ellos la mano del artista! Aquellos conjuntos de puntitos negros, trazados nerviosamente y que parecían como patitas de moscas, eran la traducción, la revelación de los sentimientos del

compositor. ¡Si ella pudiera saborear las primicias de alguna de las muchas melodías inéditas que seguramente habría allí!

De su ensimismamiento la fué a sacar la voz de Schubert, que le preguntó:

—¿Quiere usted oír una nueva composición?

Supo dominarse a tiempo para no responder: “¿Que si quiero oírla? ¡Si estoy deseándolo con toda mi alma!”

Y contestó, sencillamente:

—Sí, se lo agradecería a usted.

Sentóse Schubert al piano. Y sus dedos acariciaron el teclado, prelu-diando una hermosísima composición musical que más tarde habría de hacerse famosa y perdurable: su célebre “Serenata”.

—Está escrita para violín — le advirtió el artista a la joven, quien le escuchaba extasiada.

—Yo toco ese instrumento—dijo Valeria.

—¿De veras? Entonces acompáñeme—le propuso Schubert.

—¡Oh! Es que no toco muy bien —repuso ella, modestamente, bajando los ojos con rubor.

Pero no había excusa posible. El compositor le había puesto en las

manos un violín con su correspondiente arco.

A Valeria, que poseía un fuerte temperamento musical, no le costó ningún trabajo acompañar al artista en la ejecución de la divina “Serenata”.

La voz de él—voz bien timbrada de barítono— entonó las estrofas de la canción; ardientes endechas de amores que brotaban trémulas de su garganta y que henchían de emoción el corazón de la muchacha.

En la mente de Valeria fué tomando arraigo una idea: la de que aquellas notas y aquellas palabras arrulladoras sólo podían haber sido inspiradas por una gran pasión.

Y sin saber por qué, tuvo celos de la mujer que había sabido prender la llama del amor en el corazón del artista.

El arco quedó de súbito en suspenso sobre las cuerdas del violín.

Al ver que ella se interrumpía, el músico dejó también de tocar para inquirir la causa de tan repentina detención.

Y vió a Valeria contemplando con obstinada fijeza un retrato de mujer que en modesto marco lucía sobre el piano.

Valeria dió un suspiro y exclamó:

—¡Qué enamorado debió usted estar en el momento de escribir esta composición!

Echó él una ojeada al retrato, y luego, bajando los ojos, respondió:

—Es cierto.

Movió tristemente Valeria su rubia cabecita, y tomando en sus manos el femenino retrato, lo contempló largamente.

La retratada era una joven morena, de singular hermosura y altivo continente. Sus ojos negros, enormes, enigmáticos, eran a la vez como un remanso y como una vorágine.

Valeria la envidió. ¡Dichosa la mujer que lograba despertar una pasión en el alma de un artista del talento y la espiritualidad exquisita de Schubert!

—¡Cuánto debió adorarle ella! —comentó refiriéndose a la dama del retrato.

Schubert hizo un gesto indefinible.

Recogió el retrato de manos de la joven, y como quien trata de conformar a una niña a quien se le arrebatara el objeto que le servía de entretenimiento, le dijo:

—¿Quiere usted que le cuente un cuento de hadas?

Sonrió Valeria.

—Todos ellos comienzan así: “Pues, señor, érase una vez...—comentó graciosamente.

—Sí, érase una vez una encantadora princesa—atajóla el artista—; una princesita de grandes ojos negros que daban envidia al mismo sol, la cual vivía en un imponente castillo rodeada de servidumbre y disfrutando de todas las comodidades, caprichos y diversiones que podía apetecer.

Valeria escuchábale atentamente, como el parvulillo que escucha de labios de sus padres las consejas de Grimm o de Perrault.

—Cierta día — prosiguió el narrador—, acertó a pasar por el castillo un pobre músico, sediento de gloria y de amores. Y el juglar tocó y cantó para ella.

—Y la princesa — interrumpióle de nuevo Valeria, graciosamente— quedó encantada de su voz.

—En efecto, así fué. La princesa se mostró muy atenta con él. Y el desdichado...

—Se enamoró perdidamente de ella, ¿no es eso?

—Sí, en su locura amorosa se

atrevió a forjarse descabelladas ilusiones. E incluso llegó a componer y a dedicarle una hermosa serenata.

—Y seguramente aquella noche, bajó la ventana de la bella...

—... El iluso le abrió su corazón, cantándole con toda su alma su trova amorosa. La canción se elevaba en la noche serena y hasta los astros parecían escucharla embelesados. La princesa, entornando los ojos, suspiraba.

—Y luego le habló amorosamente al músico de esta manera: "Nada puede oponerse a nuestro amor. Si yo soy rica, si poseo mucho oro, fastuosos palacios y grandes extensiones, tú eres aún mucho más rico que yo, porque eres dueño de un caudal inagotable de sentimientos, de ternuras, de pasión. Tú eres en realidad el príncipe y yo soy la pordiosera..."

Frunciéronse los labios del compositor en una mueca de ironía.

—No, señorita — corrigió a la muchacha—. Es posible que en los

otros cuentos ocurra así, pero en el mío, no. Cuando el músico terminó su canción, un paje le trajo unas monedas de oro. Este era el pago que la dama juzgaba suficiente y adecuado para aquella composición hecha con jirones del propio corazón del artista. Para ella sólo era él un trovador errante que hacía de su alma mercancía. ¡Y ella era una princesa!

Calló Schubert. Un silencio de plomo, agobiante, hízose en la estancia.

Los ojos azules contemplaron la recia cabeza de pelambre hirsuta, hundida entre los anchos hombros, como abatida por un mazazo mortal.

Después se fijaron en el pequeño retrato que había sobre el piano.

—¿Y era ésta la princesita? — inquirió la dulce voz de la joven.

No respondió el músico, pero su silencio era de una gran elocuencia.

VIII

Regresaba de dar uno de sus acostumbrados paseos al atardecer, cuando ya cerca de su casita, oyó sonar el piano.

El corazón le latió con violencia. ¿Sería ella?

E instantáneamente apresuró el paso.

La melodía que brotaba del piano no era, ciertamente, muy grata. Parecía como si la persona que tocaba el instrumento lo hiciera con un solo dedo, y además, la composición era de una ramplonería absoluta.

Pero Schubert no paró mientes en estos detalles y sin darse cuenta caminaba a grandes zancadas, deseoso de llegar cuanto antes a su casita y de sorprender a la personilla que con tan gracioso desenfado había allanado su morada.

Porque en aquellos momentos, no le cabía la menor duda de que era Valeria, la deliciosa criatura que conociera una semana antes, quien tocaba su piano.

Súbitamente, unas groseras cajadas hombrunas que igualmente

partían de la casita, restallaron en su rostro como una ofensa.

Sintió un extraño sentimiento... ¿Coraje? ¿Indignación? ¿O quizás celos?

La idea de que Valeria pudiera hallarse en su casa con otro hombre, había cruzado repentina por su imaginación. Y los ojos se le inyectaron de sangre.

Abrió la puerta con rabia.

Mas lo que vió, en lugar de causarle indignación sólo le causó sorpresa.

Quien tocaba no era Valeria ni mucho menos, sino el buenazo cuanto grotesco Wilhelm, el guardabosques del conde Esterhazy, el cual, al verse sorprendido por el inquilino de aquella casita, no acertaba a disimular la confusión que le dominaba.

—Es que... es que... ¿sabe usted? La puerta estaba abierta y por eso entré—balbuceó.

—¡Poderosa razón! — objetó Schubert.

—¡Ah, perdóneme usted, señor, pero es que, en cuanto veo un pia-

no, no me puedo contener. Y la culpa de esto es el alma de artista que llevo dentro de mí ¿comprende usted?—dijo Wilhelm, recobrando su aplomo y pavoneándose con petulancia, muy poseído de que, en efecto, él era un artista, y de los grandes.

—¿Es tuya esa composición que estabas tocando? —inquirió Schubert.

—Sí, señor. ¿Le gustaría a usted oírla? ¡Ah, magnífico!

Sin aguardar a que el artista diese una respuesta afirmativa ni negativa, se sentó de nuevo al piano y comenzó a aporrearlo desconsideradamente, mientras cantaba con voz gangosa y con una desafinación que no se podía pedir más, las estrofas de una canción de un agudizado sentimentalismo, la cual, cantada por él, resultaba, no obstante, de una comicidad insuperable.

Schubert le dijo que ya tenía suficiente para convencerse del valor lírico de su composición, y Wilhelm dejó de tocar.

—¿Verdad que es una canción muy sentimental, señor Schubert? —le preguntó al autor del "Ave María", su posible competidor.

—¿Cómo sentimental? ¡Es paté-

tica!—respondió Schubert muy serio.

—¡Ah, usted me comprende porque ambos somos artistas!

—Así parece, amigo.

Wilhelm se rascó la cabeza antes de atreverse a preguntarle a Schubert:

—¿Usted cree que me podría usted vender esta cancioncilla en Viena?

—Lo malo es que no tengo que ir para nada a Viena.

Wilhelm sonrió.

—Perdone usted que le contradiga, señor, pero usted tendrá que irse pronto a Viena.

—No sé por qué asegura usted eso, buen hombre.

—No se ofenda usted, señor Schubert; no es mía la culpa. El señor conde de Esterhazy me ha ordenado que le diga que ha de partir usted para Viena mañana mismo.

Schubert quedó cabizbajo un momento.

¡Le despedían! Le despedían lo mismo que a un perro, porque la hija del conde se había enamorado de él y él, que ninguna culpa tenía de que la muchacha fuera un tanto loquilla, había de ser el que pagase

por ella las culpas de sus frívolos devaneos, viéndose arrojado como un criado—ni más ni menos que como un criado—de la casa a la que había acudido invitado por el propio dueño con el encargo expreso de componer unas melodías para agasajar a aquella a quien precisamente no quería que fuese por él agasajada.

—Está bien, amigo. Dígame usted al conde que ni necesito ni deseo más su hospitalidad —fué la respuesta de Schubert al mensajero del conde de Esterhazy.

Wilhelm prometió que así lo ha-

ría. Pero antes de retirarse, deseaba aprovechar la ocasión quizá única de que Schubert oyese otras cuantas cancioncillas que había compuesto y que, según afirmaba, eran tan buenas o mejores que la que ya había oído. La opinión del señor Schubert era muy valiosa y...

Schubert no tuvo la fuerza de voluntad y el heroísmo necesarios para soportar el martirio que se le anunciaba y mientras Wilhelm cantaba con cómica ternura las hazañas del joven corneta que fué a la guerra y cayó bajo el plomo enemigo, él se escabulló de la vivienda sigilosamente.

IX

Se internó en el bosque huyendo del suplicio de tener que escuchar al guardabosques.

Caminaba al azar, hasta que de pronto en la calma del atardecer primaveral, oyóse una voz dulcísima que cantaba la "Serenata" por él compuesta, voz que sirvióle de norte y guía a sus pasos.

Minutos después hallábase junto a la angelical Valeria.

Ella fingió extrañeza de encontrarse con él.

—Pasaba por aquí casualmente —mintió, puesto que en realidad había salido en su busca, y al divisarle desde lejos había cantado su propia canción para atraerlo.

—¡Qué felicidad es para mí volver a verla!—exclamó Franz.

Ella sonrió halagada y para disimular la turbación que le produ-

cían las palabras del músico, le propuso:

—¿Damos un paseíto?

Accedió él, como es lógico suponer. Y ambos recorrieron dichosos aquellos prados y bosques encantadores.

Insensiblemente habíanse ido enamorando el uno del otro en la semana escasa que hacía que se conocían y en las contadas entrevistas que habían tenido.

Más que su belleza física, con ser maravillosa, era el alma, la espiritualidad de Valeria la que había hecho mella en el corazón de él. Quizá nunca había conocido una criatura tan despierta de inteligencia y que poseyera una tan exquisita sensibilidad como ella.

Valeria, por su parte, admiraba en él no sólo su inteligencia, su talento, sino también la hermosura de su corazón, de una capacidad emocional inmensurable.

Sentáronse en un paraje amable, sobre el verde césped.

Hablaban de cosas triviales.

Con ingenuidad encantadora, manifestó Valeria cuán grata había sido para ella aquella semana, desde que había tenido la suerte de conocerle a él. Su amistad había ve-

nido a romper el tedio inevitable que en un alma juvenil produce al cabo la campiña.

—Y, cosa extraña, ¿sabe usted qué me ocurría todas las tardes?

El se alzó de hombros con una benévola sonrisa en los labios, para disculpar su ignorancia.

—Pues — prosiguió Valeria—. Todas las tardes, a esta hora, me parecía como si usted me llamase.

Franz rodeó con su brazo la espalda de la joven, y tiernamente le susurró al oído:

—Sí; todas las tardes, a esta hora, he pronunciado tu nombre desde este rinconcito adorable, al que venía a soñar contigo. ¡Valeria! En repetir tu nombre encontraba mi alma una paz y una dulzura por mucho tiempo anheladas, y jamás conseguidas. ¡Valeria! ¡Qué nombre tan bello el tuyo! Con él titularé una canción que compondré en tu honor. Y cada vez que la cante, o que mis manos la ejecuten al piano, sus compases me traerán el recuerdo de estas horas felices pasadas a tu lado y que desde hoy no se repetirán.

Ella le miró asustada.

—¡Franz! ¿Qué significan tus palabras? ¿Sus palabras?

—Tengo que irme, Valeria—repuso él, con la tristeza reflejada en el rostro.

—¿Irte?

—Sí.

—¡Ah, Dios mío! ¿Y cuándo?

—Mañana mismo.

—¡Mañana!

Un malestar infinito llenaba el alma del músico. Hubiera accedido a la condenación de su alma, con tal de poder soslayar aquella escena amarga.

—Y lo peor es que ya no regresaré.

Valeria estaba desolada. Sentía el pecho oprimido por una extraña congoja. Entonces se dió verdadera cuenta de lo que aquel hombre significaba en su vida, de lo que era para ella; y su carácter impetuoso hízole tomar una decisión rápida y descabellada.

—¡Franz; yo no puedo consentir que te marches de mi lado! ¡Yo no sabría vivir ya sin ti!

La diestra del artista acarició la cabellera de oro.

—Debes comprender, Valeria. Es imposible que yo permanezca por siempre aquí; es imprescindible que regrese a la capital.

—Está bien. Yo iré contigo a la

ciudad, a Viena—repuso ella con firmeza.

El espanto agrandó los ojos del artista hasta parecer que iban a desorbitársele.

—Eres una niña, Valeria, y no sabes qué gran desatino estás diciendo.

—¿Desatino lo crees? Pues te equivocas: es una resolución firme. Antes que perderte estoy decidida a todo. ¡Franz! ¿Es que no me quieres?

Por primera vez dióse cuenta exacta el artista de lo lejos que habían llegado ambos—en tan pocos días—por la ruta de una trivial amistad. Y se horrorizó de las funestas consecuencias que pudiera acarrearles, más a ella que a él, el seguir adelante.

Esquivó la respuesta directa:

—Reflexiona con calma, Valeria. Yo no tengo nada que ofrecerte.

—¡Y eso qué importa!—repuso ella, con dulzura—. Pasaré cuantas penas y privaciones haya que pasar.

—Soy pobre—insistió él.

—Detesto la opulencia—replicó Valeria.

Schubert no sabía cómo salir de aquel atolladero.

—La buhardilla en que habito es tan miserable que está llena de goteras—declaró como supremo argumento.

—Las taparemos.

Exasperaba a Schubert tanta conformidad.

—Por anticipado te aviso que la comida escaseará mucho.

—¡Pero si yo como tan poquito! Te aseguro que no seré un estorbo para ti. Soy hacendosa y te seré muy útil en casa.

No había salida posible.

Fuera de quicio, gritó Schubert:

—¡Es que tengo muy mal genio!

—Yo conseguiré hacerte reír —musitó la joven, apoyando su cabecita en el hombro de él.

—¡Y no vivo más que para mi música!—continuó Schubert, en el mismo tono agrio.

—Cuando estés escribiendo, no haré el menor ruido.

Llevóse Schubert ambas manos a

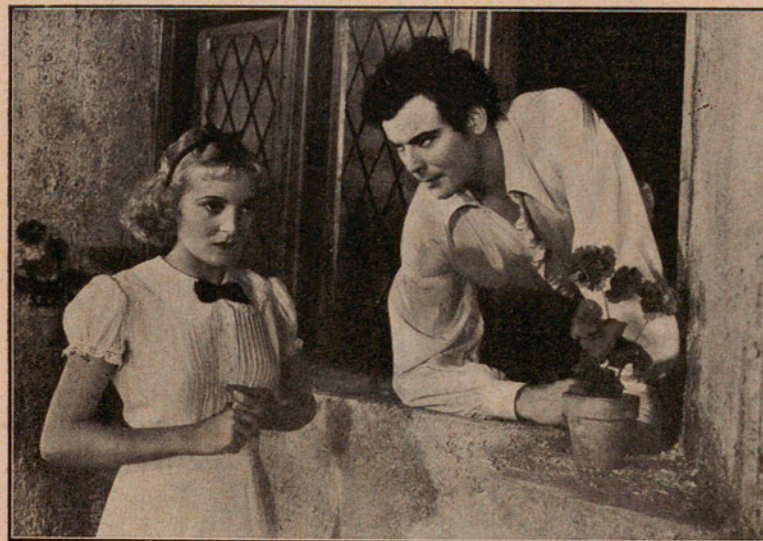
la cabeza, horrorizado ante la perspectiva que se le presentaba. Valeria era encantadora, en efecto; había sabido hacer vibrar su corazón con las emociones de una pasión noble, sentimental, y era digna de ser amada con delirio por cualquier hombre que valiese aún más que él. Y él hubiera sido muy dichoso con poder disfrutar de su amor, pero... ¡no podía asumir la responsabilidad del futuro de aquella muchacha! No tenía ningún derecho a uncirla al yugo de su pobreza, haciéndola pasar desdichas y miseria. Su sino era incierto y sería criminal que él sometiese a Valeria a análoga incertidumbre.

Pero unos brazos suaves, levísimos, rodearon tiernamente su cuello y una voz dulce, acariciante, susurró:

—¡Llévame contigo!

Y el músico quedó vencido.

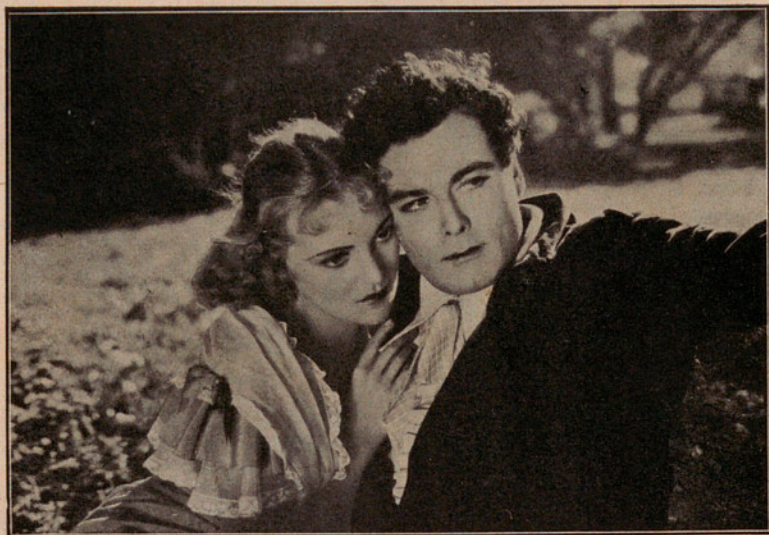
Su claudicación fué sellada con un beso largo, delicioso...



—¿Le parece a usted bien lo que ha hecho?



—¿Quiere usted oír una nueva composición?



—Con tu nombre titularé una canción.



"... perdona a aquel que te quiere y olvídate de él."



—¡Perdóñenme!—suplicóles.



—¡Por Dios, que mi mujer está escuchando!



... sabía arrancar tales y tan delicadas notas a su violín...



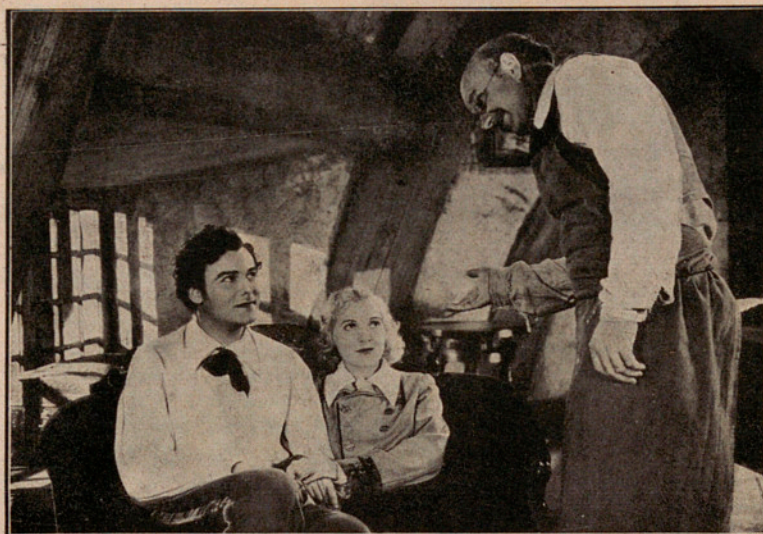
Quedó atónito al ver lo que vió.



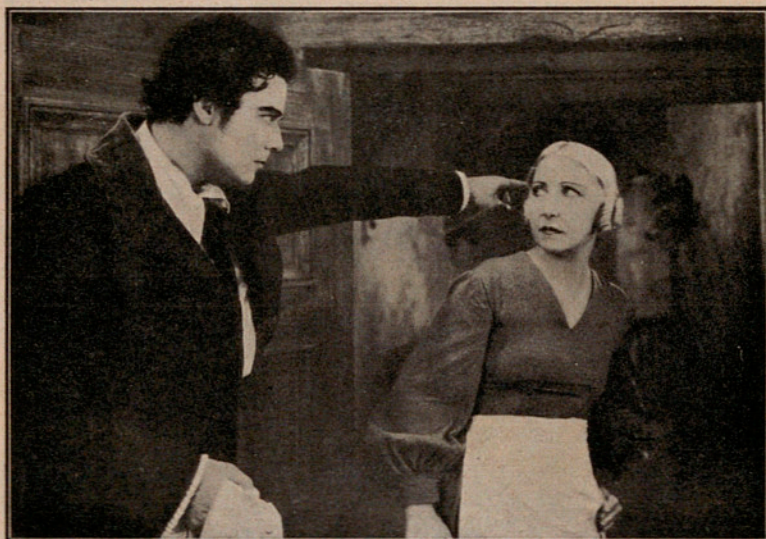
—Hace varios días que tiene fiebre.



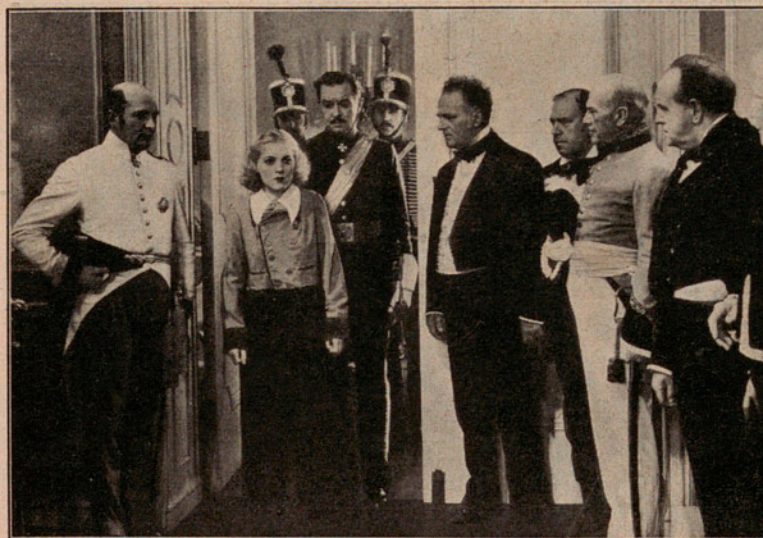
—Todavía no te hallas bastante fuerte...



—¡Ah! Esta joven le ha cuidado a usted con verdadera solicitud.



Hilda había satisfecho su venganza.



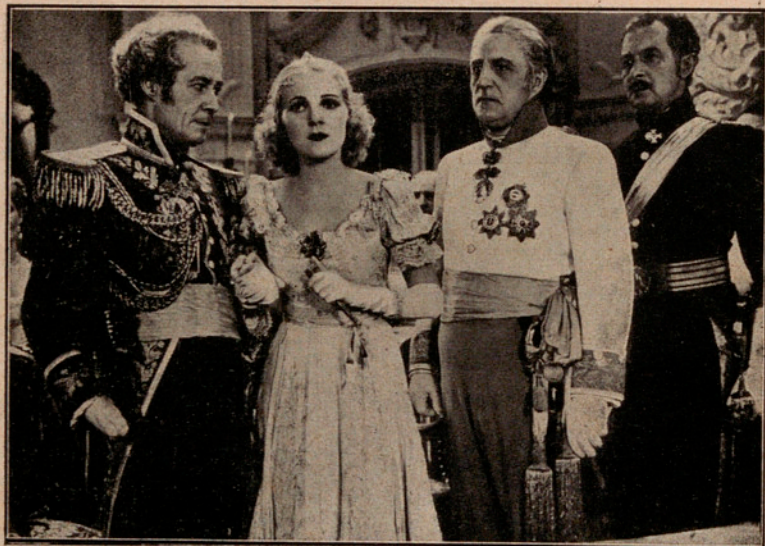
—Esta es Valeria, señor.



—¡Valeria, hija mía!



—Mi vida pertenece a mi patria. La de usted a su música.



¿Cómo era posible que Franz se portase con ella de tal manera?

X

Su amiguita, la hija de la condesa, quedó estupefacta al oír que Valería le decía, palmoteando como una niña:

—¡Me quiere! ¡Me quiere!

—¿Quién? —inquirió la absorta muchacha.

—¿Quién ha de ser? ¡El!

—¿El hombre de la casita?

—Sí, el hombre de la casita, como tú le llamas. ¡Mi Franz, como ya le llamo yo!

Sostenían esta conversación en la alcoba de ambas en la cual acababan de entrar, para acostarse ya.

Pero Valeria, en lugar de destapar su cama, como había hecho su amiga con la suya, púsose a hacer precipitadamente su maleta, metiendo en ella todo aquello que hallaba a mano.

—¿Pero, qué haces, loca? ¿Es que te vas a mudar a su casa? —inquirió su amiga sin poder comprender el proceder de Valeria.

—Es que me marchó con él a Viena mañana mismo.

—¿A Viena? ¡Dios mío, qué desatino!

—No, querida, no es un desatino, es mi felicidad. Yo sé que mi resolución ha de causaros un gran disgusto. ¡Pobre madrina mía, tan buena! Verdaderamente no merece este pago, pero no puedo remediarlo. El amor me llama y sería inútil que intentase desoírlo. Perdonadme las dos, y que os quede el consuelo de saber que como a una madre y a una hermana os he querido y os seguiré queriendo siempre. Y cuando ya esté convertida en la señora de Schubert vendré con frecuencia a veros y a pasar largas temporadas con vosotros, para que nunca se rompan los lazos de nuestra amistad.

—Pero... ¿te irás sin hablarle antes a mamá y sin ni siquiera decirle adiós?

—Bien sabe Dios que quisiera hacerlo, pero es imposible. No tendría valor para abandonarla después de oír los reproches que fatalmente tendría que hacerme. ¡Ah, nena! No me guardes rencor por esto.

—¡Tonta! ¿Cómo quieres que te

pueda guardar yo rencor? ¿Sé acaso si, en tu lugar, procedería de modo distinto?

Sonaron a la sazón fuertes alabanzas en la puerta de la casa, a tiempo que se oían murmullos de voces y pisadas de caballos en la explanada que había ante la villa de la condesa.

La propia dueña de la casa salió a ver quiénes eran los que, a hora tan intempestiva, acudían a su morada.

Y con gran sorpresa vió ante sí al chambelán de la corte, tras el cual se hallaba un grupo de soldados de caballería. El también vestía uniforme militar.

—Siento haber de molestarla a estas horas, señora condesa—dijo el chambelán—, pero obedezco órdenes del Emperador.

—¿En qué puedo servir a su majestad?—inquirió la dama.

—Es su deseo que la señorita Valería nos acompañe hasta la corte.

—¿Valeria?

—Sí, excelencia. El emperador ha dispuesto otros planes para lo que respecta al porvenir de dicha señorita.

—Está bien, señor mío. Su ma-

jestad será obedecido. Les procuraré alojamiento para esta noche a todos ustedes. Valería estará dispuesta para marchar mañana por la mañana.

—Lo siento, señora condesa—replicó el chambelán—, pero es preciso que venga ahora mismo. El emperador así lo quiere.

—Si esa es su voluntad será cumplida—respondió la anciana, procurando dominar el sentimiento que le producía la sola idea de haber de separarse de la muchacha que, como a una hija, había tenido en su poder desde recién nacida.

Toda esta escena transcurrida en el vestíbulo del caserón, había sido sorprendida por las dos muchachas desde la puerta de su cuarto, el cual se hallaba en el primer piso y se llegaba a él por una escalera situada en dicho vestíbulo.

—¿Que se me van a llevar a mí?—exclamó en voz baja Valeria junto al oído de su amiga—. ¡No lo conseguirán!

Entráronse presurosas ambas en la habitación al ver que la condesa subía los primeros peldaños de la escalera.

Al encontrarlas levantadas, la

anciana señora no pudo disimular su sorpresa.

—¿Cómo es que no os habéis acostado todavía?—preguntóles.

—Es que... oímos un carruaje y—murmuró su hija.

—Está bien. Tú, Valeria, vístete y baja en seguida—le dijo secamente a la enamorada de Schubert.

—Pero... ¿qué ocurre, madrina?

—Ya te lo explicaré todo después. Date prisa—suplicó la dama. Y regresó al hall.

Valeria echóse un sencillo vestido y un abrigo sobre su cuerpo y

cubrió su rubia cabellera con una capota.

Abrazóse emocionada a su buena compañera y entre sollozos murmuró:

—Ahora sí que no tengo más remedio que correr en busca de Schubert. ¡Adiós, querida! Deséame buena suerte.

Abrió la ventana y deslizándose por un tejadillo que bajo ésta corría, consiguió de un salto ganar el suelo.

Cuando la condesa regresó a la habitación en su busca, Valeria habíase alejado ya buen trecho de la casa.

XI

Era muy oscura la noche.

Valeria, tropezando aquí, cayendo allá, iba logrando aproximarse a la casita en que vivía su amor.

Los soldados, con hachones encendidos, la buscaban afanosamente por todo el bosque.

Claramente podía ella ver las luces de los que iban en su búsqueda, incluso oír sus voces, gritando:

—¡Valeria! ¡Valeria!

Esto la regocijaba en lugar de amedrentarla.

¡Que la buscasen cuanto quisieran, que ella iba a buscar la seguridad y protección en los brazos de su amado!

La puerta de la casita hallábase solamente encajada y no tuvo más que empujarla suavemente para que cediera y ella pudiese penetrar en la modestísima habitación.

La luz de una candela iluminaba la pieza levemente.

—¡Franz! ¡Franz!—llamó. Mas nadie respondióle.

El silencio la inquietó.

—¡Franz!—volvió a llamar con idéntico resultado negativo.

El incierto resplandor de la candela fué bastante para revelar el extraño desorden que reinaba en la casa.

¿Qué significaba aquello?

El golpe que la realidad le asataba era tan fuerte que todo su ser vaciló y tuvo que apoyarse en una silla para no rodar por el suelo.

El piano recortaba su negra silueta en medio de la estancia como la de un monstruo sombrío.

Cautelosamente se aproximó a él como si temiera que aquel instrumento que había sabido interpretar todas las emociones del maestro y que guardaría en su alma infinitas confidencias, pudiera revelarlas éstas y con ellas llenar su alma de amargura y desengaño.

Y, en efecto, el piano fué cruel con ella al descubrir sobre su tapa el caído marco que hasta entonces había sostenido el retrato de la princesita del cuento de Franz.

¡Había huído llevándose el cartoncito aquel que, sin duda, constituía el tesoro más preciado de su vida!

¡Qué desolación la que invadió su alma! Habíase creído amada por aquel hombre en el que había depositado toda su ilusión, y él tan sólo habíala tomado como un capricho pasajero, como un motivo con que distraer el tedio de aquellos días pasados en la campiña.

Mas de pronto sus ojos descubrieron en el suelo unas partículas de gruesa cartulina. A su lado había un papel arrugado, algo así como una de esas cartas que después de escritas se desechan por un cambio repentino de nuestro pensamiento.

Unió concienzudamente los trozos de cartulina y su alegría no tuvo límites al comprobar que se trataba del retrato de aquella mujer a quien suponía hondamente clavada en el corazón del artista.

Después alisó el arrugado papel.

Era una carta para ella, escrita con trazos irregulares, que denotaban la febril emoción de la mano que los trazó.

Decía así:

“Valeria, amor mío:

No puedo llevarte conmigo. Si lo hiciera, el mundo no te lo perdonaría nunca y algún día quizá me despreciases a mí, al verte despreciada por los demás.

Perdona a aquel que te quiere y olvídate de él.

Franz.”

Después de leídas estas cortas líneas, el rostro de Valeria hallábase radiante de felicidad.

¡Dios fuera loado por haber hecho que ninguno de sus temores resultase cierto!

Las voces de los soldados y las pisadas de sus cabalgaduras oíanse cercanas.

Rápidamente consideró Valeria su situación.

Si regresaba a casa de la condesa sería apresada por aquellos soldados y conducida a la corte para responder de no sabía qué delitos que jamás había cometido. Si se quedaba allí correría análoga suerte. No tenía, pues, más que un camino que escoger.

—¡Registren esa casa!—oyó gritar a uno de sus perseguidores.

Pero cuando éstos penetraron en la casita no encontraron a nadie.

Valería habíase fugado por una ventana y se alejaba de ella, corriendo por aquellos bosques que conocía palmo a palmo.

XII

Su intención era la de llegar a Viena, nada menos.

Haría el camino a pie, pues no contaba ni con un florín.

Ya que Franz no había tenido el suficiente valor para llevársela a ella, ella se mostraría más decidida, arrostrando la opinión de la gente, con tal de poder unirse a él y disfrutar plenamente de la felicidad de su amor.

dad de su amor.

Pero si bien es cierto que no necesitaba ningún dinero para hacer la travesía a pie, Valeria no había pensado en el pequeño y prosaico detalle de que ella, como todo mortal, tenía un estómago que era necesario llenar bien o mal si quería uno vivir.

Y ese estómago, al día siguiente

de caminar sin descanso, empezó a apremiarla de modo que no admitía réplica.

Por momentos se le agotaban las fuerzas.

Los caminos por los que pasaba no le podían brindar fruto alguno con que entretener el hambre, pues sólo hallaba a su paso trigales y más trigales cuando no desiertas parrameras.

Alguna que otra vez cruzaba ante blancas casitas de campesinos, pero le aterraba la idea de llamar a sus puertas a mendigar un pedazo de pan, igual que una pordiosera.

Júzguese, pues, su alegría, al descubrir, en un prado, unas brasas que ardían entre cuatro piedras y sobre las cuales humeaba una cafetera. En el suelo, junto a ésta, unos cuantos mendrugos y unos cacharros.

Valeria no vaciló.

Miró en torno suyo con precaución, para cerciorarse de que nadie la veía, y luego corrió hacia el lugar en donde se hallaba su salvación o poco menos.

Cogió uno de aquellos cacharros de hojalata y se dispuso a llenarlo del hirviente líquido.

Mas la cafetera se había calen-

tado de tal modo, que al asirla la muchacha, se abrasaron sus dedos y dando un gritito la soltó rápidamente.

Volcóse el recipiente y todo su contenido se esparció por el suelo.

Aterrorizada de lo que había hecho, y temerosa de que alguien pudiera pedirle cuentas por ello, se levantó presurosa, dispuesta a huir. Pero al volverse, se halló con un hombre pequeñito y mal trajeado que la miraba con expresión que no se sabía si era de reproche o de extrañeza.

Con el terror retratado en el semblante, Valeria trató de encontrar escape girando sobre sus talones e intentando la fuga por dirección opuesta.

También se encontró cortada la retirada por aquel lado por otro sujeto de la misma calaña que el anterior, que de improviso surgió de entre unos setos.

Desmoralizada, aturdida, quiso escapar por un lado, mas se repitió la misma escena: un tercer individuo irrumpió en el lugar.

Dándose por vencida, juntó sus manos en actitud de súplica y dirigiéndose al primero de los citados

estrafalarios personajes, le dijo, temerosa:

—Siento lo ocurrido, señor, pero tenía...

—¡Hambre!—sentenció el individuo en cuestión con socarrona sonrisa.

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—¡Perdóneme!—volvió a suplicar.

El que había hablado, con tono afable, le dijo:

—¡Bah, bah! No se preocupe usted por eso, señorita. ¿Quiere usted almorzar con nosotros?

A Valeria le brillaron los ojos de contento al oír la palabra "almorzar".

No sabía quiénes podían ser aquellos individuos de tan extraña catadura, pero su hambre era tal, que aunque hubiese estado convenida de que se trataba de terribles facinerosos, hubiera aceptado la invitación. Sólo que albergaba el temor de que ésta no fuera más que pura ironía de aquel sujeto después de lo que ella había hecho.

—¿Almorzar? ¡Pero si yo les he estropeado el almuerzo!—dijo Valeria, contrita.

—¡De ninguna manera!—protes-

tó el hombre—. Nosotres, aunque no somos más que unos miserables músicos ambulantes, disponemos de buena y abundante comida, ¿no es cierto, compañeros?

—Ya lo creo!

—¡No faltaba más!

Y al decir esto mostraron a la joven, el primero una gallina, media docena de huevos el segundo y una hogaza de pan el tercero.

—¡Un banquete! ¡Lo que se dice un banquete! Y usted será nuestra invitada—declaró jovial el que llevaba la voz cantante.

—¡Y también la cocinera!—afirmó Valeria en el mismo tono.

En un momento estuvo la gallina desplumada.

Valeria la cocinó con los escasos medios de que disponía y frió los huevos.

La comida transcurrió alegremente. Los músicos juraban que jamás habían probado manjar tan exquisito como el que las delicadas manos de su gentil cocinera habían condimentado.

No podía dejar de extrañar a aquellos hombres el hecho de que una muchacha tan distinguida y tan hermosa como aquélla anduviese errante por los campos y, natural-

mente, Valeria hubo de referirles la historia de sus amores con el compositor y también la persecución de que era objeto por parte de los soldados del emperador y cuya causa ignoraba.

Cuando terminó su narración sus alegres compañeros tranquilizáronla diciéndola que nada tenía que temer mientras se hallase bajo la protección de ellos y en cuanto a su Schubert — de cuya existencia ellos no tenían la menor noticia, como es de suponer—ya se encargarían de encontrarlo en cuanto estuviesen en Viena.

Oyóse un cercano galopar de caballos, y una nube de polvo se levantó en la carretera que pasaba a pocos pasos de allí.

Demudósele el rostro a la muchacha.

—¡Los soldados! — exclamó—. ¡Y vendrán en mi busca! ¡Oh, por el amor de Dios; no consientan ustedes que se me lleven!

Ocultáronla presurosamente los músicos entre unos matorrales, y volvieron a sentarse en torno del fuego y a departir los tres amistosamente.

En cuanto los divisaron, los soldados se dirigieron hacia ellos.

El oficial que mandaba el pelotón, preguntóles:

—¿Habéis visto por aquí a una joven?

—¿Esta mañana? — inquirió el primero de los músicos.

—¡Claro! ¿La habéis visto?

Intervino el segundo músico, un tanto azorado:

—¿Era una joven... joven?

—¡Naturalmente!

—¿Así como de unos dieciocho años?

—Sí.

—¿Con ojos azules?

—Exactamente.

Los otros dos músicos se miraron desolados. Aquel idiota, con su buena fe, iba a descubrir a la muchacha, sin darse cuenta.

—¿Es rubia?

El militar se impacientaba con este interrogatorio.

—¡Sí! ¿Dónde está! — dijo de mal talante.

—¿Y yo qué sé, señor?

—¡Cómo! ¿Acabas de describirmela exactamente como es y dices ahora que no sabes dónde está?—bramó le oficial.

El pobre músico no sabía cómo salir de aquel atolladero en que sin querer se había metido. Gracias a

que uno de sus compañeros terció en la conversación, diciendo:

—Es que ha soñado esta noche pasada con una mujer así precisamente. Ahora nos lo estaba contando.

El oficial dió un bufido de indignación y ordenó a su tropilla que se pusiera de nuevo en marcha para proseguir la búsqueda de aquella muchacha por la que tanto interés demostraba el emperador. Y en su fuero interno maldecía a la una y al otro.

Cuando se hubieron alejado bastante, salió Valeria de su escondrijo.

Emocionada dió las gracias a

aquellas tres almas caritativas por lo que acababan de hacer por ella.

El que parecía capitanear a los músicos, que era precisamente el más pequeño e insignificante de los tres, quitóle importancia al asunto, y dictaminó:

—¡Y ahora, andando! ¡A Viena! ¡A buscar a ese hombre!

—Pero... yo no puedo ir con ustedes así. Me reconocerán y los detendrán por haberme prestado ayuda—advirtió Valeria.

—Yo le aseguro a usted que nada de eso ocurrirá. La disfrazaremos por completo y no habrá nadie capaz de reconocerla — aseguró el jefe de la pandilla.

XIII

En una misérrima buhardilla del barrio más viejo de Viena, vivía el músico Franz Schubert.

La casa sólo contaba de la planta baja y un piso abuhardillado.

En la primera vivían los dueños del inmueble, un modesto matrimonio que tenía alquilados los compartimientos altos para ayudarse a vivir.

Al menos éste era su propósito, porque en realidad hacía ya muchos meses que no percibían ni un florín de su inquilino, el señor Schubert. Y ¿cómo iban a percibirlo si el pobre compositor ni siquiera sacaba para comer con sus obras?... ¡Cuántos días había tenido que pasarlos en completo ayuno por no te-

ner ni un mal pedazo de pan que llevarse a la boca!

Afortunadamente el señor Obenbeigler, su casero, era un buenazo, un alma de Dios, que apiadado de la penuria del artista, no sólo hacía la vista gorda respecto al alquiler, sino que incluso muchos días le llevaba a su aposento, a escondidas de su mujer, provisiones de boca.

Schubert, agradecido a su bondad, decíale siempre que nunca sabría cómo recompensarle ésta, a lo que el buen hombre respondía que no tenía que inquietarle tal cosa, que ya vendrían tiempos mejores en que todo se solucionaría a su satisfacción y él se daría por satisfecho de haberle ayudado a subir el calvario que habría de conducirle al pináculo de la gloria.

Pero la mujer del casero no entendía ni quería entender estas cosas de la gloria terrenal, y siempre estaba apremiando a su marido, para que éste, a su vez, apremiase al compositor en el pago del alquiler. Y una mañana, harta ya de excusas y dilaciones, cogió al buen Obenbeigler por una oreja, lo llevó ante la puerta de los aposentos del compositor y le dijo:

—Entra ahí y dile al señor Schu-

bert que pague lo que nos debe, o parte de lo que nos debe, que ya me conformaría con menos de la mitad, o lo ponemos de patitas en la calle. ¿Lo oyes bien?

—Sí, mujer, sí—repuso humildemente Obenbeigler, que sabía el dulce genio de tarasca que gastaba su cara costilla.

—¡Mucho cuidadito con que salgas sin el alquiler!

—Pero ¿y si el pobre...?

—¡Nada! Sólo te digo y te repito que desdichado de ti si no regresas con algún dinero.

Encomendóse a Dios el infeliz casero y llamó, con discretos golpecitos, a la puerta de su inquilino.

—Adelante—contestó desde dentro Schubert.

Obenbeigler penetró con cara de pocos amigos, pisando recio y cerró la puerta tras él.

—¡Es preciso que me pague usted ahora mismo, señor Schubert!—exclamó con energía.

Schubert, no acostumbrado a oír expresarse a su casero en tal tono, le miró estupefacto.

Obenbeigler se puso el índice sobre los labios y acercándose a él, le murmuró al oído:

—¡Por Dios, que mi mujer nos

está escuchando! ¿Qué podemos hacer?

—¿No podríamos decirle que estoy esperando un empleo muy bien retribuido, querido Obenbeigler?—respondió Schubert, sotto voce.

—Dudo que lo creyera.

—¿O que voy a recibir, de un momento a otro, dinero de un tío muy rico?

—Eso ya se lo dijimos el mes pasado.

—¡Dios mío! Sí que es una situación grave.

—Ya lo creo. Sobre todo para mí. Pero suba usted el tono, respóndame cualquier cosa.

—Está bien.

Y engolando la voz, solemnemente, empezó Schubert a decir en tono bastante alto para que la señora Obenbeigler pudiera oírlo:

—Mi querido señor Obenbeigler, la petición que usted me hace en este momento...

—¡Nada, nada, señor mío! ¡O paga usted, o a la calle!—bramó Obenbeigler, tomándose muy en serio su papel. Y añadió por lo bajito—. ¡Siga usted, por el amor de Dios!

—Le ruego que no se excite, querido casero — prosiguió Schubert,

E

continuando la comedia—. Buscaré hoy mismo algo que hacer y pagaré hasta el último florín.

—Demasiado sé que lo hará — musitó el casero, con aire beatífico al oído de su inquilino—. ¡Qué vergüenza que tenga yo que hacer estos papeles con usted, que es el hombre más bueno del mundo!

—¡Obenbeigler!—se oyó la voz de la casera.

El fingido furor de Obenbeigler adquirió su máxima intensidad:

—¡Por última vez se lo digo, señor Schubert! ¡O paga usted, o a la calle!

Y salió muy digno, de la estancia.

—¿Te ha pagado?—le preguntó con sorna su mujer.

Obenbeigler bajó la cabeza anonadado.

—Está bien. Déjame a mí—manifestó la tarasca.

Y penetró en el cuarto del artista.

Schubert la recibió galantemente.

—Señora Obenbeigler... ¿A qué debo el placer de tan grata visita?

—Déjese usted de tonterías, caballero.

Pasó por alto el exabrupto el músico y, conocedor, por experiencia,

de la psicología femenina, empezó a manejar el arma con la que sabía que dejaría indefensa a su enemiga: la adulación.

—¡Si usted supiera lo que me sucede, simpática señora Obenbeigler! Toda la mañana la he pasado pensando en usted.

—¿En mí, o en los alquileres que me debe?

—¡Por Dios! ¡Pensar en una cosa tan prosaica y tan sórdida! ¡De ninguna manera!

Y tras una estudiada pausa, inquirió, con tono insinuante:

—¿No responde usted al nombre maravillosamente poético de Hilda?

—Así es, en efecto—contestó la casera, amansándose.

Schubert rebuscó rápidamente unos papeles que tenía sobre el piano, y con inconcebible presteza borró de uno de ellos titulado “¿Quién es Sylvia?”, el nombre Sylvia, y lo sustituyó por el de Hilda.

—Le he dedicado a usted esta canción—le dijo a su casera, mostrándosela.

Fraulein Obenbeigler sonrió con escepticismo. Le agradecía mucho que le dedicara canciones; podía dedicarle cuantas quisiera, pero lo primero que tenía que hacer era pa-

garle cuanto le adeudaba de alquiler.

Schubert insistió en que debía oírla, y obligando a la señora Obenbeigler a sentarse frente a él, ejecutó al piano y cantó la canción, cuidando de variar siempre Hilda por Sylvia.

Debe ser cierto que la música amansa a las fieras, y sobre todo cuando la letra que acompaña a aquélla ensalza a la fiera en cuestión, porque la señora Obenbeigler iba poco a poco dulcificando la aspereza de su semblante y se podía predecir que acabaría hecha una pura miel.

Con intención, se detuvo Schubert en la ejecución de la partecilla, consiguiendo así el efecto apetecido: que fraulein Obenbeigler le suplicara:

—¡Oh! Por favor, siga, señor Schubert, siga.

—¿Le gusta a usted?

—¡Es deliciosa! Pero...

—Es el único modo que puedo demostrarle a usted mi gratitud, de momento.

Cuando salió fraulein Obenbeigler de la vivienda del compositor, su marido, que había estado pres-

tando atención a cuanto sucedía dentro y se regocijaba del fracaso de su esposa, le preguntó socarrón:

—¿Qué? ¿Te ha pagado?

La respuesta que recibió fué un bufido.

XIV

Cubiertos de polvo, cuatro músicos ambulantes irrumpieron en las calles de Viena.

Uno de ellos era muy jovencito, rubio y de una belleza femenil... Llevaba un violín bajo el brazo.

Lo primero que les sorprendió en la capital, y muy desagradablemente por cierto, fué ver unos pasquines colocados con profusión por todas las esquinas, en los que se anunciaba que el Emperador daría diez mil florines de recompensa a quien lograra hallar o diera la pista de una joven llamada Valeria, cuyas señas personales se describían minuciosamente.

Por tal causa, y fieles a Valeria, los cuatro músicos procuraban esquivar la presencia de los gendarmes y de los soldados.

Casualmente, una pareja de aquéllos caminaba con toda tranquilidad detrás de nuestros músi-

cos, sin que éstos se dieran cuenta de ello.

Iban los gendarmes hablando cachazudamente de un tema que, al parecer, era interesante para ellos.

—El Emperador parece estar muy interesado en encontrar a esa joven—decía uno.

—Debe ser una persona importante — manifestó el otro—. ¡Mira que si tuviéramos la oportunidad de encontrarla!

—Eso significaría el ascenso inmediato.

—Yo estoy seguro de que la reconocería en cuanto la viera.

Los cuatro músicos, que habían estado prestando atención a lo que los agentes decían, apretaron el paso al oír esto último, y se colaron en el primer portalón que vieron abierto, para dejarlos pasar tranquilamente.

Y cuando juzgaron que ya se ha-

llarían lejos, salieron confiadamente, yendo a darse de manos a boca con los susodichos gendarmes.

Los músicos iniciaron un movimiento de huida, pero una de aquellas uniformadas autoridades les gritó que se detuvieran.

Más muertos que vivos, paráronse en seco los ambulantes concertistas.

Pero los gendarmes limitáronse a preguntarles hacia dónde caía el número de determinada calle y se marcharon tan tranquilos, sin sospechar siquiera que habíanse hallado ante la mujer de la que con tanto interés se solicitaba su captura y a la cual hubieran reconocido, según ellos, en cuanto la vieran.

—Nunca me gustaron los gendarmes — manifestó a sus compañeros uno de los músicos cuando aquéllos se hubieron alejado.

El que capitaneaba a los demás, habló para decir:

—Amigos míos, se nos presenta un grave problema: ¿Cuándo, dónde y qué comeremos?

—¿Por qué no probamos suerte en este café? — propuso Valeria, señalando uno, ante cuya puerta se hallaban.

—Estoy acostumbrado a que me

echen de sitios como éste, pero en fin... probemos — sentenció el músico jefe.

Coláronse en el establecimiento, lleno de elegante concurrencia.

Dirigióse el cabecilla al dueño del café y le propuso que les dejara tocar para divertir a la clientela. Lo harían por un precio módico: una salchicha por cada sinfonía.

—Está bien—accedió el del café—. Si nos dais buena música, os daremos buena comida.

—Entonces prepare usted un banquete.

Empezaron a afinar los instrumentos los músicos, aunque, a decir verdad, nadie hubiera podido explicarse por qué se tomaban tal trabajo, ya que en el momento de la ejecución lo hicieron desastrosamente, lo más desafinado que imaginarse puede. A excepción de uno: a excepción de Valeria.

La muchacha sabía arrancar tales y tan dulces notas a su violín, que consiguió cautivar al auditorio a los primeros compases.

Para ella fueron todos los aplausos.

Al empezar la segunda tocata, aconteció algo imprevisto. Unos mi-

litares irrumpieron en el establecimiento, y al verlos, los músicos se desconcertaron. El oficial que iba a la cabeza de aquéllos era el mismo que en el camino se habían tropezado los músicos y al cual habían sabido despistar. Pero ahora, convencido de que se habían burlado de él, llegaba decidido a hacerles confesar dónde estaba la muchacha. Y como viera que el más joven de los músicos tratara de escapar, ordenó a sus soldados que le cortasen la retirada.

Mas Valeria era ágil de piernas y por una ventana logró escapar, y, corriendo cuanto podía, se internó por el dédalo de callejuelas que allí se abría.

En su aturrida fuga tropezó de pronto con un hombre de madura edad, el cual llevaba en cada mano una cesta repleta de viandas, que por efecto del encontronazo rodaron por el suelo.

El señor Obenbeigler, que no otro era el individuo en cuestión, trató de ponerse furioso, sin conseguirlo.

—¡Voto a mil diablos, qué muchacho tan torpe! — exclamó—.

¡Debería darte dos bofetadas, pero no te las daré!

—Perdóneme, señor. Ha sido sin querer — balbució Valeria—. Si en algo puedo servirle...

—Hombre, sí. Sí que puedes servirme. Me vas a hacer un gran favor.

—Lo que usted mande.

Entre los dos habían recogido todo lo que se hallaba desparramado por el suelo.

—Pues verás. No quiero que mi mujer se entere de que compré estas cosas, y...

Valeria tenía uno de los cestos lleno otra vez, en una mano. En la otra llevaba el violín.

En aquel momento acertó a divisar el tricordio de un gendarme al otro extremo de la calle, y nuevamente fué la cesta a parar, con todo su contenido, al santo suelo, mientras ella escapaba a todo correr y no paró hasta considerarse a salvo de sus perseguidores.

Entretanto el señor Obenbeigler tiraba por alto la otra cesta, para poder mesarse con toda comodidad los escasos pelos que le quedaban en la cabeza.

XV

Obenbeigler penetró con sigilo en su casa y de puntillas subió la escalera que conducía al piso.

Entró en la vivienda del artista y le preguntó solícito:

—¿Se encuentra usted mejor?

—¡Oh, sí, gracias, querido Obenbeigler! Me encuentro mucho mejor.

El casero empezó a sacar cosas de una de las cestas.

—¿Pero qué es eso? — inquirió Schubert extrañado.

—¡Oh, nada! Pasé por el mercado y le compré a usted estas co-sillas.

—¡Hombre de Dios! Si su mujer se enterara...

—No se enterará. En seguida vuelvo. Voy a hacerle a usted una tacita de te, para que se entone un poquito, ¿eh? No conviene empezar demasiado fuerte.

—Gracias, Obenbeigler.

Quedó solo el artista.

Tenía el rostro profundamente demacrado.

Hacía varios días que no probaba bocado y se hallaba, además, presa de un nerviosismo tremendo, a causa de los constantes fracasos que experimentaba y de las luchas que había de sostener con los editores de música, que no sabían comprender su arte y le pagaban una mezquindad por obras que algún día llegarían a ser famosas.

Hallábase abstraído en tristes meditaciones, cuando súbitamente llegaron a sus oídos unos acordes que tuvieron la virtud de iluminar su rostro.

Alguien interpretaba en un violín una melodía suya muy querida.

Se asomó a la ventana y vió en la romántica plazuela que había ante la casa a un grupo de niñas que danzaban a los acordes de su "Momento musical", que un muchachito tocaba en un violín.

Cuando el joven músico terminó de tocar, Schubert, sin poderse contener, gritó:

—¡Bravo!

Al oír su voz, el muchacho levan-

tó la cabeza y al descubrir a la persona que había hablado, exclamó:

—¡Franz!

Entonces dióse cuenta Schubert de que el joven músico tenía el mismo rostro que su adorada Valeria.

XVI

De dos en dos subió Valeria los escalones de la vieja escalera de madera que conducía al destartalado aposento de Franz.

Los esposos Obenbeigler vieron pasar como una exhalación a aquel muchacho, y se miraron perplejos.

—¿Quién es ése? — le preguntó fraulein Hilda a su marido.

—Pues, no lo sé. La verdad.

—Está bien. Anda a verle —ordenó imperiosamente su esposa.

Con docilidad de corderillo, la obedeció.

La puerta del estudio del artista estaba abierta, y por esta razón no tuvo reparo en entrar.

Quedó atónito, creyendo que soñaba, al ver lo que vió.

¡Schubert y el recién llegado se besaban apasionadamente, como dos amantes tan sólo serían capaces de besarse!

Su presencia fué advertida por Schubert.

Y Obenbeigler, ardiendo en rubores y haciéndose cruces, se disculpó, murmurando:

—Ustedes dispensen, caballeros.

Pero su pesadilla se desvaneció como humo en cuanto el supuesto muchacho — que reconoció como aquel que le había derribado las cestas— se quitó la gorra, riéndose, y debajo de ésta apareció una hermosa cabellera de oro.

—¡Diantre! — exclamó el buen hombre—. ¡Yo que había creído que usted era un muchacho!

Schubert le hizo saber que deseaba que aquella amiguita suya se quedase allí, y que esperaba que él no se opondría.

—Yo no. Pero mi mujer no lo permitiría nunca.

—¡Oh! Usted no puede compren-

der, Obenbeigler. No se trata de nada pecaminoso. Hay razones poderosísimas, que ahora no le puedo explicar, que hacen necesaria su permanencia aquí. Yo...

No pudo seguir el artista. Palió mortalmente, sus párpados se vencieron y hubo de apoyarse en una mesa para no caer.

—¡Franz! — exclamó Valeria, alarmada.

Entre ella y Obenbeigler lo condujeron al lecho y lo tendieron en él.

—No se alarme usted, señorita —le dijo el casero—. Esto era ya de temer. Está muy débil. Hace varios días que tiene fiebre.

—¡Dios mío! ¡Pobre Franz! Comprenderá usted que ahora no

puedo dejarlo solo — manifestó la joven, acongojada.

Obenbeigler vió la hecatombe encima.

—¡Mi mujer me matará, si se entera! — dijo aterrado.

—No se alarme usted. Me esconderé, si viene — le advirtió Valeria.

No tuvo más remedio que acceder. Arrostraría el peligro bravamente, si éste se presentaba. Al fin y al cabo, ¿quién era el que llevaba los pantalones en su casa? ¡El! ¡Y sólo él!

Y, haciéndose esta vana ilusión, se retiró, después de desear que Schubert se repusiera pronto. El haría cuanto en su mano estuviera para ayudarles.

XVII

Día y noche estuvo velando al enfermo con solicitud de esposa.

Franz no tenía otra cosa que un estado de postración enorme por los continuos apuros a que la incompreensión de los editores y del público le obligaban.

Y gracias a los exquisitos cuidados de Valeria y a la buena alimentación a que ésta sometióle, pudo hallarse restablecido en pocos días.

Necesario es hacer justicia a Obenbeigler, el cual, a escondidas

de su mujer, como siempre, proporcionó dinero y los alimentos al enfermo.

Valeria era la enfermera ideal. Su terapéutica era infalible: caldo de gallina, leche, muslitos y pechugas de pollo... y muchos besos y caricias.

Schubert encontrábase bien ya... pero ¡era tan dulce sentirse asistido por aquellas manos acariciadoras!

Aquella mañana, entró Valeria cuando el artista todavía dormía, a pesar de que el día iba ya bastante avanzado.

Le llevaba una taza de caldo.

La alegría que invadía todo su ser, le asomaba a los ojos. Su Franz ya estaba bueno, no había más que verlo dormir, tan tranquila, tan reposadamente, con el rostro sereno de otros días.

—Despierta, dormilón — le dijo besándole con dulzura en la frente.

Al roce de la suave caricia abrió él los ojos y sonrió a la joven.

—Anda, toma esto y te sentirás mejor.

Probó Franz el caldo, con docilidad.

—¡Qué caliente está!

—Mejor; así te reanimará más. Y mientras él bebía el caldo:

—Mañana podrás levantarte — le dijo.

—¿De veras?

—Sí.

—Gracias, *doctor*.

Y tomó entre las suyas las tiernas manitas de Valeria y comenzó a llenarlas de besos.

—No debes hacerle el amor al *doctor* — le reprochó la joven cómicamente—. En cambio, tienes que hacer todo lo que el *doctor* te mande.

—¿Y por qué no me manda el *doctor* que le dé un beso en la boca?

—Porque el *doctor* se lo dará al paciente si éste se porta como un buen chico.

Obenbeigler llegó en este momento. Traía una gruesa manzana para Franz, que había logrado sustraerle a su mujer.

—¡Qué bueno es usted, Obenbeigler! Algún día le pagaré todo lo que usted hace por mí.

—Gracias, señor Schubert. Usted sabe que yo no quiero ninguna recompensa. Además, ¿de qué hubiera valido en este caso lo poco que puedo hacer por usted, si us-

ted no hubiera tenido la suerte de caer en tan buenas manos? En fin, me voy, antes de que mi mujer se entere de que estoy aquí, no vaya a venir y descubra el pastel.

Como si esto hubiera sido un conjuro, se oyó la voz de fraulein Obenbeigler, pero afortunadamente sonaba en el piso inferior:

—¿Dónde estás, maridito?

Obenbeigler salió como una exhalación de la vivienda del artista y, cogiendo una escoba que providencialmente halló en el rellano de la escalera, se puso a barrer ésta, procurando meter mucho ruido, para que su mujer se enterase de lo que hacía.

Fraulein Obenbeigler subió hasta donde su marido se hallaba y le dijo con acritud:

—¡Sí que estás trabajador! ¿Por qué has de barrer aquí, si lo barri yo ayer?

—¿De veras? — exclamó Obenbeigler con una cara de idiota que no se podía pedir más—. Pues, mira, hija. Estaba lleno de polvo.

—Está bien. Si tantas ganas de trabajar tienes, no te preocupes, que yo me sobro para darte bastante quehacer. Cuando termines, baja al sótano. Hay allí mucho que limpiar.

Y se marchó con andar majestuoso.

XVIII

Al día siguiente, como Valeria le había prometido, le dejó levantarse.

Pero Schubert se obstinaba en salir.

—No, no saldrás — se oponía ella tenazmente, temerosa de que pudiera recaer.

—Pero, nenita, tienes que hacer-te cargo. Es preciso que venda al-

gunas composiciones — objetaba el artista.

—Quien no se hace cargo eres tú. Todavía no te hallas con fuerzas suficientes.

—¡Bah! Soy el hombre más fuerte del mundo.

—Fíase demasiado en tus fuerzas, y hoy no las tienes.

—No temas. Te aseguro que estoy bien.

Mientras sostenían esta discusión, él habíase ido vistiéndose y acicalando.

—¿De veras te sientes bien? — le preguntó ella, mimosa.

—Perfectamente.

Schubert reparó en los hermosos ojos azules que le miraban con ternura.

Ciñó cariñosamente por el talle a la joven y musitó a su oído:

—¡Nenita mía! Me acordaré de ti y de cuanto por mí has hecho, mientras viva. El recuerdo de estos días será imperecedero. Ya no nos volveremos a separar.

Valeria movió dubitativamente la cabeza.

—¡Quién sabe! — dijo tristemente.

—Nosotros no lo sabremos, porque hasta cuando muramos moriremos juntos.

—¡Franz!

—Tú no sabes hasta qué punto llenas mi existencia. ¡Valeria! Desde ahora no habrá nada ni nadie más que tú en el mundo para mí. A ti he de dedicarme en cuerpo y alma; y algo de ti habrá siempre en cada nota que escriba.

En el oportuno momento en que sus bocas se unían en un beso, llegó Obenbeigler.

—¡Caramba, caramba! ¡Cuánto me alegro de verle levantado de nuevo!

Estrechó efusivamente la mano del artista.

—¡Ah! Esta joven la ha cuidado a usted con verdadera solicitud— dijo mirando a Valeria—. Apenas dormía una hora en ese sofá.

Valeria sonrió. Franz la miró, enternecido.

Oyóse una voz en la escalera que cantaba melancólicamente la canción que Schubert había hecho creer a la señora Obenbeigler que había compuesto para ella.

—¡Mi mujer! — exclamó aterrado el infeliz casero.

—Escóndanse ustedes en mi alcoba. ¡Aprisa! — ordenó Schubert empujando a su patrón y a Valeria hacia la citada estancia.

No bien habíanse encerrado en ésta, cuando la señora Obenbeigler, con su más dulce acento, inquirió desde la escalera:

—¿Señor Schubert?

—¡Oh, señora Obenbeigler! Tenga la bondad de pasar —la invitó, amabilísimo, el compositor.

—¡Ah! Veo que afortunadamente se encuentra usted mejor—exclamó ella, haciendo dengues ridículos de niña de quince años.

—Sí, gracias a Dios.

—Perdone usted que no haya subido a cuidarle estos días, pero es que mi marido se opuso terminantemente. ¡Yo no sé si es que estará celoso!...

—¡Ah, no lo creo, señora, no lo creo! Su marido siempre ha sido un hombre sensato.

La esposa de Obenbeigler no supo ver la intención de la frase.

—Usted me perdonará la indiscreción. ¿Ha terminado usted ya la canción aquella que me dedica?

—Hágase usted cargo; estos días no he tenido inspiración.

—Si usted quiere, puedo subir unos ratitos cada día... Quizá así se inspire.

—¡Quién sabe, quién sabe! A veces encuentra uno la inspiración donde menos lo piensa.

La señora Obenbeigler sonrió, agradecida. Afortunadamente, tampoco había comprendido esta vez.

—¡Ah! Ahora que me acuerdo. Traigo una carta para usted.

Schubert desdobló nerviosamen-

te la carta que la casera le entregaba y leyó con avidez.

—¿Buenas noticias? —inquirió Hilda, al ver la expresión de alegría de su rostro.

—¡Magníficas! He vendido tres canciones y los editores desean verme inmediatamente —exclamó a voz en grito, para que Valeria y Obenbeigler pudieran enterarse—. Estaré de vuelta dentro de veinte minutos.

Y se marchó casi corriendo.

Quedó sola frau Obenbeigler. Canturreaba la canción que creía dedicada a ella. Se puso a buscar la particella de ésta, para ver si la tenía muy adelantada el compositor y entonces—¡oh desengaño! —descubrió que su nombre había sido tachado, para recuperar el antiguo de Sylvia, escrito al lado.

Obenbeigler, que contemplaba regocijado la escena por el ojo de la cerradura, hizo un brusco movimiento, sin querer, y el pomo de la puerta, mal sujeto, cayó al suelo.

Esto llamó la atención de Hilda, la cual se dirigió a la puerta de la alcoba, la empujó, y descubrió dentro de la estancia a su marido con

una muchacha vestida con ropas masculinas.

—¡Ah, grandísimo bribón! —exclamó indignada.

—¡Por Dios, no te excites, amor mío! —le suplicó, tembloroso, su marido.

—¿Qué hace esta mujer en el cuarto del señor Schubert?

—Verás, encanto, yo te explicaré...

—¿Y por qué está vestida de hombre?

Valeria se encaró con ella.

—Señora —la dijo—; he estado cuidando al señor Schubert mientras se hallaba enfermo. Eso es todo.

—¡Miente usted, grandísima hipócrita! ¿De dónde viene usted?

—De muy lejos de aquí, señora. Yo vivía en el campo —declaró ingenuamente Valeria, sin saber que se estaba delatando.

Por la mente de Hilda pasó una sospecha. La comidilla de Viena en aquellos días era el bando ordenando la captura de Valeria. Hil-

da no ignoraba este bando, como tampoco que se darían diez mil florines a quien entregase a la fugitiva.

—Ven conmigo, Willie —le dijo a su marido, llevandoselo casi arrastrando.

Ya en la escalera comunicó su sospecha de que aquella joven pudiera ser la que andaban buscando.

—¡Hilda, por Dios santo! ¡No hagas nada hasta que vuelva el señor Schubert! —le suplicó aterrado su marido, adivinando sus funestas intenciones.

Pero Hilda pensaba con codicia en los diez mil florines y en que así podría vengarse de Schubert por haberse burlado de ella.

Cuando Franz Schubert regresó a su casa, contento por haber cobrado unas composiciones y con unos regalos para Valeria, entre los que destacaba un lujoso vestido, Valeria ya no estaba allí.

Hilda había satisfecho su venganza.

XIX

El Emperador se paseaba por su cámara nerviosamente.

—¿Pero es que hace falta un ejército para poder encontrar a una muchacha? — bramaba.

—Lo siento, Majestad — se excusó, abrumado, el chambelán que había de soportar todos los accesos de mal genio de su señor.

—¡Estás obligado a sentirlo! Si no la hubieras dejado escapar de su casa... Ahora ya no sé qué excusa darle a Hatzfeld. ¡Voy a quedar ante él como el mentiroso mayor de Viena!

Un lacayo anunció al duque Hatzfeld.

El emperador recibió a su general afablemente.

—¿Tiene Vuestra Majestad noticias? — inquirió el duque.

—Hoy no— respondió secamente Francisco I.

—¿Por qué se demora tanto la llegada de mi hija?

—No tiene nada de particular. Dicen que los caminos están intran-
sitables.

Hatzfeld movió dubitativamente la cabeza.

—¿No será, señor, que mi hija sea indigna de ser presentada en la Corte?

—¿Cómo? — protestó el emperador—. Ya te he dicho que es bella, elegantísima y exquisitamente educada. ¡Te sentirás orgulloso de tu Valeria!

En este momento sucedió una cosa inusitada en palacio. Se oyeron gritos de alguien que no era el emperador.

Francisco I se puso en pie, indignadísimo. ¿Quiénes eran los atrevidos que osaban quitarle la exclusiva de dar gritos en el egregio caserón?

De repente se abrió la puerta del salón en que Su Majestad y Hatzfeld se hallaban y penetró violentamente un muchachito de unos diecisiete años, forcejeando por desasirse de las manos del chambelán y de unos soldados que se veían corrompidos para retenerlo.

—¡Suéltense ustedes! — gritaba—. ¡Suéltense! ¿Por qué me traen aquí?

—Es orden del emperador—repuso el chambelán—. Desea verla a usted.

—¿A mí? ¿Y para qué demonios quiere verme el emperador? ¡Yo no necesito verle! ¡Que me suelten! ¿Por qué ha de querer verme?

—Ya lo sabrá usted cuando llegue el momento oportuno.

Francisco I y Hatzfeld asistían atónitos a esta escena rapidísima.

El chambelán, teniendo que cuidarse exclusivamente de que no se le escapase su presa, no había reparado en que el propio emperador se hallaba en la estancia, ni reparó hasta que Su Majestad le llamó y preguntóle:

—¿Quieres decirme qué significa esto?

Cuadróse el chambelán e informó al emperador:

—Esta es Valeria, señor.

Y señalaba al irascible muchachito.

El emperador quedó como si le acabaran de dar un mazazo en el cráneo.

¡Pues sí que se había lucido!

¡En buen lugar dejaba aquella niña los elogios que de ella acababa de hacer a su propio padre! ¿Dónde estaban los buenos modales y la distinción que él había pregonado? Hatzfeld iba a seguir creyéndole un embustero.

Pero Hatzfeld no estaba en aquellos momentos para formar juicio de nadie.

Desde que oyera a Nicholas decir que Valeria era aquel muchuelo insolente, no tenía ojos más que para ella.

¡Y qué bella y qué graciosa la hallaba dentro de su atavío masculino! Ahora sí que se sentía orgulloso de haberse portado como un héroe durante la pasada campaña, ya que por premio recibía a aquella hija tan hermosa, cuya belleza sólo podía ser comparable a la de aquella a quien él tanto había amado, a la propia madre de Valeria.

El emperador ordenó a la joven:

—Venga usted aquí, señorita.

Con desenfado, más aún, con indignación, Valeria se encaró con aquel caballero, que ella ignoraba que pudiera ser el emperador, y le dijo, creyéndole un general cualquiera:

—Sus soldados me han traído

aquí sin ninguna explicación, y esto es intolerable. Sólo dicen que es orden del emperador, y con eso creen que ya queda una satisfecha. ¡El emperador! Quisiera tenerlo delante de mí como le tengo a usted, para decirle todo lo que pienso de él. ¡No hay derecho a que se cometan estas tropelías ni en nombre del emperador ni en el de nadie! ¿Se entera usted?

Francisco I estaba absorto ante aquella viveza de carácter, como jamás había visto otra igual.

—¿A qué viene esta estrambótica indumentaria de la señorita, Nicholas? — le preguntó al chambelán.

—Tal vez ella os lo pueda explicar, Majestad—repuso el interrogado.

Al oír la palabra "Majestad". Valeria miró con ojos atónitos al anciano caballero.

—¡Majestad! — repitió, asustada.

Se sintió empujada, como una hormiga, al saberse ante el soberano. Y temió que éste pudiera llegar a aplastarla con la suela de su zapato.

Hundió la barbilla en el pecho

y esperó con resignación los acontecimientos.

Pero éstos no fueron lo graves que ella esperaba.

El emperador le hizo alzar la cabeza y le preguntó, con cierta afabilidad:

—Dime, ¿qué significan esas ropas masculinas?

Valeria recobró ánimos al ver que no se la trataba con la aspereza imaginada por ella.

—Señor — dijo —, si me vestí así fué para eludir la persecución de vuestros soldados.

—Sé que huíste de tu casa. ¿Por qué hiciste tal cosa?

—No podía ser de otro modo, señor — declaró sin recelos Valeria—. Huí para estar al lado del hombre a quien amo.

El emperador la miró con extrañeza.

—¿Que amas a un hombre, has dicho?

—Sí, Majestad.

—¿A tu edad?

—¿Y por qué no? Tengo la suficiente para poder amar con toda pasión.

—¡Hola, hola! ¿Y quién es el hombre que te ha cautivado de ese modo?

—Es el gran compositor Franz Schubert — declaró con orgullo la joven.

El emperador cruzó una mirada de inteligencia con Hatzfeld. Había que cortar las alas a los ensueños de aquella muchacha. ¡Enamorarse la mocosuela! ¡Y enamorarse de un músico!

—Majestad — le suplicó Valeria—. ¡Si quisierais hacer algo por él! ¡Así podríamos ser felices!

Hatzfeld creyó llegado el momento de intervenir.

—Valeria, hija mía—díjole balbuciente de emoción, tendiéndole las manos.

La muchacha retrocedió, asustada. ¿Quién era aquel caballero y

por qué razón se emocionaba de tal modo al hablarla?

Por un momento pasó por su imaginación que para lo que se la quería en la Corte era para casarla con aquel anciano, caballero sin duda de gran influencia junto al emperador, quien la habría visto algún día sin ella saberlo, y se habría pendado de su hermosura.

Mas pronto la sacó de dudas el propio soberano, diciéndole:

—Valeria, este señor es el duque de Hatzfeld, tu padre.

—¿Mi padre? — exclamó la joven, sin dar crédito a lo que oía.

Entonces el emperador relató la historia de los amores de su padre y de su nacimiento.

XX

La vida de Valeria deslizábase felizmente al lado de su padre, en la lujosa villa de éste.

Varios días hacía ya desde aquel en que fué conducida a la fuerza al palacio imperial, y en todo este tiempo no le había sido posible comunicarse con Schubert.

Su alma sufría gran congoja por este motivo.

Paseando con su progenitor por los jardines de su casa, le exponía a éste sus quejas por la prohibición que sobre ella pesaba de ver y hablar a su amado.

Pero el duque de Hatzfeld procuraba esquivar esta cuestión.

Contemplando el sereno rostro de su hija con embeleso, creía ver en él el de aquella que tanto amó.

—Valeria, ¡cómo te pareces a tu madre!—exclamó el general.

—¿De veras, papá? Cuéntame algo de ella—le suplicó la muchacha.

Hatzfeld, accediendo a su ruego, empezó a hablar así:

—Eramos muy felices. Para conseguir casarnos, tuvimos que vencer innumerables obstáculos. Todo el mundo—nuestro mundo, el de la nobleza—se oponía a nuestra boda, porque ella no pertenecía a la aristocracia. ¡Si supieras, hija mía, cuántos sinsabores me ha ocasionado esto! Pero ninguno tan amargo como el verme apartado de ti desde tu nacimiento. Por eso, hija mía, porque sé lo mucho que el mundo hace sufrir por una cosa así es por lo que quiero evitar que tú cometas el mismo error que cometió tu padre.

—¡Pero, papá! ¡Tú no conoces a Franz! — protestó la joven—. Tengo la completa seguridad de que si lo conocieras accederías.

Hatzfeld sonrió benévolo.

—Por esposo puedes escoger al caballero que más te guste de entre toda la nobleza.

—¡Pero si yo amo a Franz!

—¡Bah, hija mía! Las damas de la Corte no pueden casarse con músicos, por muy prestigiosos que éstos sean.

Y mientras Valeria se consumía de impaciencia y de desesperación en su palacio, otro tanto le acontecía a Schubert.

Varias veces había enviado a Obenbeigler a que inquirese noticias de su amada, con negativo resultado.

Cierto día, cuando esperaba impaciente el regreso del casero, éste entró con el rostro satisfecho.

—¿Qué? ¿La ha visto usted?... ¿Está aquí? — inquirió anhelante.

—No, señor. Quien está aquí es un caballero de la Corte, que pregunta por usted.

—Está bien. Hágalo pasar.

Un grave señor penetró en la estancia. Era el duque de Hatzfeld.

—¿El señor Franz Schubert? — preguntó.

—A sus órdenes, señor.

—Deseo hablarle a solas.

Obenbeigler se retiró discretamente al oír esto.

—Usted dirá, señor mío, a qué debo el honor de su visita — dijo Schubert.

—Vengo comisionado por Su Majestad el emperador para comunicarle a usted que es su deseo que dé un concierto en el Palacio Imperial la semana que viene.

La emoción embargó el ánimo del artista.

—Eso me honra sobremanera, pero... no comprendo cómo Su Majestad Imperial ha podido reparar en mis escasos méritos de artista.

El enviado sonrió.

—Tal vez le ha sido sugerida la idea por alguien. Existe una persona que tiene una fe ilimitada en usted.

—¿Quién?

—Una jovencita.

Palideció Schubert.

—Es Valeria, mi hija — manifestó Hatzfeld.

—¡Su hija!

Pasóse la mano por la frente, como para alejar de sí una terrible pesadilla.

¡Valeria, una dama de la nobleza!

—Yo no sabía que Valeria perteneciera a la nobleza —excusóse con voz trémula.

—Ni ella tampoco. Pero ahora que ya están enterados ambos, creo que usted pensará con cordura... Esta revelación cambia por completo todas las cosas.

—Mas no mis sentimientos hacia ella—protestó Franz.

—Vamos, amigo mío. Serénese usted y piense juiciosamente. Ha de comprender que Valeria pertenece a otra esfera social y...

—¡Lo único que comprendo es que me quiere y que yo la quiero a ella — manifestó Schubert con energía.

—Si ella le quiere — objetó el general—, es preciso que le dé usted ocasión de olvidar.

Desalentado, dejóse caer el músico en su sillón.

Veía claramente el abismo que se interponía entre él y su amada, y que sería inútil luchar. El enemigo era demasiado peligroso.

—¡Por Dios! ¿Por qué no hemos de poder vivir nuestras vidas? —dijo en tono suplicante.

Hatzfeld le puso una mano sobre el hombro.

—Mi vida pertenece a mi patria. La de usted a su música.

—¿Y la de Valeria? — preguntó anhelante.

—Ella... también se debe a algo. Por lo que usted más quiera, por la felicidad de ella... ¡sea generoso! Trate usted de acallar sus sentimientos... por el bien de Valeria. Se lo ruego como amigo de usted... y como padre de ella.

Schubert bajó la cabeza, abatido.

—Está bien — murmuró con el alma destrozada.

Hatzfeld le tendió la mano.

—Espero oír su concierto — le dijo desde la puerta.

—¡No! — protestó airadamente Schubert—. Ustedes no pueden comprar mi felicidad ensalzándome. ¡No tocaré en el Palacio Imperial!

—¡Su Majestad lo ordena!—arguyó Hatzfeld suavemente.

XXI

Sentada al lado de Su Majestad, el emperador Francisco I, Valeria escuchaba emocionada la "Marcha Militar" de Schubert, que la orquesta de Palacio, dirigida por el propio compositor, ejecutaba.

Y su mirada no se apartaba de Franz, quien muy serio, con la amargura asomándole al rostro, manejaba la batuta automáticamente, sin clara noción de lo que estaba haciendo.

Una salva atronadora de aplausos premió la composición.

El artista saludó con una leve inclinación de cabeza.

Dirigió una severa mirada a la que había sabido llenar de dulzura

su corazón, y volviéndose a sus huestes, alzó la batuta y los primeros compases de su romántica "Serenata" brotaron de la orquesta.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Valeria.

Y el artista revivió en su memoria las dulces escenas de otros días, cuando eran felices ignorando que les separaba una barrera de prejuicios infranqueable.

Esta segunda composición mereció la misma calurosa acogida que la primera.

El emperador, entusiasmado, llamó al artista para felicitarle.

—Schubert — le dijo—, tu ta-

lento será recompensado como merece.

—Gracias, Majestad — respondió secamente el artista.

Valeria, radiante de felicidad, asomándole las lágrimas a los ojos, le dijo:

—¡Franz, qué feliz y qué orgullosa estoy de ti!

Y él, amordazando su corazón, fiel a la promesa dada a Hatzfeld, limitóse a responder, con una ligera inclinación de cabeza:

—Gracias, Alteza.

Luego dió media vuelta y desapareció del salón.

El estupor que la conducta de su amado produjo en el ánimo de la joven, no es posible describirlo.

¿A qué se debía aquello? ¿Era posible que Franz se portara con ella de tal manera?

Su certera intuición femenina hízole en seguida adivinar de dónde provenía todo. Y encarándose con su padre, sin miramiento alguno a la etiqueta, le dijo, con voz airada:

—Tú has sido el culpable de todo esto, ¿verdad?

—Sí; lo hice por tu propio bien. Dije a Schubert que no tenía de-

recho a estropear tu vida, y él comprendió—repuso Hatzfeld.

—¿Y quién puede disponer de mi propia vida? — gritó Valeria. —¡Yo la viviré a mi manera!

Sofocada, salió del salón, promoviendo un oleaje de murmullos entre la concurrencia.

Su carroza esperaba a la puerta de palacio. Subió a ella y poco después el carruaje se detenía ante la humilde morada de Franz Schubert.

Obenbeigler le abrió la puerta, asustado por el modo con que la muchacha había estado golpeando.

El artista, rebosante de amargura su corazón, acababa de llegar.

Sumido en su sillón, le absorbía la grandiosidad de su desdicha, cuando de repente, como en una alucinación, creyó oír de los labios amados su nombre:

—¡Franz!

Instintivamente alzó la cabeza.

Y vió a Valeria, resplandeciente de dicha, que le tendía los brazos amorosamente.

En un abrazo apasionado se fundieron los cuerpos.

Una segunda carroza acababa de detenerse en la plazuela.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

La ocupaban dos empingorotados personajes, quienes al ver el otro carruaje, se miraron asombrados.

El lacayo de la carroza se apeó y preguntó a uno de los ocupantes:

—¿Es aquí donde hemos de aguardar, Alteza?

Y el otro caballero, que era el propio emperador, que acompañaba a su amigo Hatzfeld, le contestó:

—No, si no queréis esperar mucho, muchísimo tiempo.

Y ordenó:

—¡A palacio!

¡Triunfaba el amor!

FIN

Próximo número:

LA VIGOROSA NOVELA

ESPIGAS DE ORO

Magnífico asunto

por Richard Arlen, Chester Morris, etc.

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPANA

Sociedad General Española de Librería.
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

5

E. B.



Precio: Una peseta